



EDURNE MAIONA

de los
la soledad
TULIPANES

EDURNE MAIONA

la soledad
de los
TULIPANES

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente sin el previo consentimiento por escrito de las dueñas del copyright. Todos los derechos reservados.

© Del texto: *Edurne Maiona*

© De la portada: *LUMA Servicios Literarios*
<https://www.lumaserviciosliterarios.es/>

© De las ilustraciones: *Erika Medel, EriMed Ilustración*
<http://www.erimedilustracion.com/>

ÍNDICE

[La intrusa](#)

[Mírame](#)

[La herencia de Lionel](#)

[Amor adictivo](#)

[Coma irreversible](#)

[Kaddour Ahassaini](#)

[Defensa propia](#)

[Hugo se va a Nueva York](#)

[Reciprocidad](#)

[Enajenación](#)

[Legado de sangre](#)

[El vínculo](#)

[Pequeña fantasía andalusí](#)

[BIO-BIBLIOGRAFÍA EDURNE MAIONA](#)

*Tulipanes formando hileras perfectas,
con sus pétalos sin voluntad danzando
al ritmo del aire racheado que los empuja.
Lloran a lágrima viva de color saturado.
Y callan. Callan su soledad.*

La intrusa

CONOCÍ A ALLA EN EL ENTIERRO DE MI PADRE. Se sentó en una de las últimas filas, a la espera de la incineración del cuerpo, en el más absoluto anonimato.

Lloraba en silencio, sola. Era alta y bien parecida, muy distinta a mi madre, la mujer que eligió mi padre para su primer matrimonio.

Había recibido una foto hacía varios años en navidad. Aparecían los dos, mi padre y ella, sentados delante del árbol de pascua, cogidos de la mano, sonriéndose como adolescentes. Por eso la reconocí el día del funeral.

Creo que mi padre me envió aquella foto para que me enterara de lo felices que eran. Pero en ese momento no quise verlo.

No sé por qué mi padre intentaba una y otra vez seguir en contacto conmigo. Quizás fuese una forma de buscar comprensión, él siempre decía que yo era la más razonable de todos. Y cuando decía todos, se refería a mis cinco hermanos y a mi madre, que no habían querido saber nada de él desde que decidió irse, cambiar de vida.

Tiempo después de su partida me escribió una carta en la que me comunicaba que estaba bien, que vivía en un piso alquilado y que había acogido en su casa a una muchacha ucraniana. Me explicaba, someramente, la extrema situación en la que se encontraba la muchacha cuando la conoció y me pedía que le pusiese en contacto con mi madre, si me era posible, para llegar con ella a un acuerdo de divorcio.

El lenguaje era cordial, pero frío y distante. Claro que yo podría haber percibido entre líneas la llamada de socorro implícita, pero nos obstinamos en ver tan solo lo que queremos y yo tenía un miedo atroz de admitir la realidad que se presentaba ante mis ojos: que mi padre era feliz. Y que había conseguido esa felicidad lejos de nosotros y con una extranjera inmigrante, alguien que yo consideraba, a todos los efectos, una intrusa.

Mis hermanos sentían por ese colectivo una aversión obsesiva y aunque yo no llegara a tanto, tampoco les tenía mucha simpatía. Simplemente me limitaba a tolerar que estuvieran en mis calles y pasearan por mis aceras; mientras tanto, trataba de reprimir mi desprecio mirando al frente, haciendo como que no los veía.

Dentro del sobre mi padre me adjuntó una tarjeta de visita con su nueva dirección, un número de teléfono y los nombres de ambos. Todo, la carta y la tarjeta, en letra inglesa muy pulcra, muy suya.

Por supuesto, yo trasladé el mensaje a mi madre; curiosamente ella no se lo tomó a mal, fue mi hermano mayor el que se enfadó. Montó en cólera nada más enterarse, comenzó a gritar todo tipo de imprecaciones y a maldecir a mi padre y a “la puta que vivía con él”. Esas fueron las palabras exactas que salieron de su boca.

Asistí estupefacta al espectáculo que montó; me sentí hastiada, harta de unos y de otros. No tenía por qué soportar aquello, así que me largué a mi casa.

Mi madre, como era de esperar, no aceptó el divorcio.

—¿Alguno de los presentes quiere ver al difunto antes de proceder a la incineración?

La voz del oficiante del sepelio me sacó de mis pensamientos.

Mi hermana y yo nos miramos, las dos estábamos de acuerdo en que queríamos recordarlo vivo, tal y como lo habíamos visto antes de su ingreso en el hospital. Pensé que quizás mi madre o mi hermano mayor se acercarían para darle su último adiós, pero no dieron muestras de ir hacia el féretro; en cambio hubo alguien que sí lo hizo.

—Yo sí.

Alla avanzaba digna por el pasillo central. Todos nos quedamos mirándola.

—¿Es usted familiar? —le preguntó el responsable antes de abrir la tapa.

Ella se quedó visiblemente confundida. Parecía cohibida, como si no se atrevía a decir ni a hacer nada.

La cara de mi hermano se crispó en ese gesto tan característico suyo cuando va a tener un acceso violento. Avanzó un paso. Entonces la escena cobró un tinte surrealista.

No sé por qué lo hice, no es mi estilo. Nunca he sido defensora de causas perdidas, soy una estúpida romántica que cree en los cuentos de hadas, pero que no procura hacerlos realidad. Por eso, ni yo misma podía creerme mi reacción.

—Sí, lo es —dije alto y claro, para que todos pudieran entenderlo.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Mi hermano me fulminó con

la suya, envuelta ya en esa nube de pseudo locura que le confiere su secular modo de entender el mundo y su relación del resto de los mortales respecto a él. Cambió de dirección y vino hacia mí.

Sus ojos me quemaban, el corazón me palpitaba a mil por hora, pero ni yo hubiera imaginado lo que sucedió. Recibí un bofetón que me partió el labio y me sentó con un golpe seco en el banco que tenía detrás. Aunque fueron sus palabras las que me causaron más dolor, ácidas, venenosas.

—¿Quieres ser tú también una puta? Pues vete con ella.

Me levantó bruscamente de un brazo y me arrastró, literalmente, hasta el féretro, empujándome contra Alla, que trastabilló. La pobre tenía los ojos abiertos en una expresión tan sorprendida como aterrada; yo, en cambio, me sentía extrañamente serena, a pesar de que el labio me quemaba y la sangre me goteaba por la barbilla. Entonces mi hermana apareció a mi lado.

—¿Estás loco? —incredulo a mi hermano.

Me limpió con un pañuelo y me ayudó a salir de la sala. Los pasos de Alla resonaron detrás de nosotras.

En cuanto estuvimos en la calle mi hermana se giró y se topó de frente con mi hermano, que empujó a Alla y le habló con una violencia contenida que nos heló la sangre. Sus palabras reflejaron todo el odio y el rencor que debía sentir en ese momento.

—Escúchame bien —le dijo —: vuelve a tu maldito país y déjanos en paz de una vez. Nos has quitado a nuestro padre. Qué más quieres de nosotros, ¿eh? No vas a llevarte ni un céntimo, así que piérdete.

La verdad es que me dio pena. Al verlo allí, actuando como un ser superior, tratándonos a todos como si fuéramos basura, empecé a comprender cuán equivocada había estado respecto a mi padre y sus razones para emprender otra vida en otro lugar, con otra compañera. Aun así, me faltó el valor necesario para cambiar de rumbo, para romper los tabúes y los estereotipos. Todavía tenía miedo, era pronto para dar el paso.

Me fui con el pañuelo de mi hermana apretado contra el labio. Sentía un regusto amargo en la boca, y no era la sangre de la herida. La sensación de no estar haciendo lo correcto acababa de germinar en algún punto lejano de mi conciencia.

Me encerré en mi apartamento durante días. No contestaba a las llamadas, no abría la puerta, no salía a hacer la compra, ni siquiera el pan diario. Incluso me negué a trabajar. Colgué el cartel de “Cerrado por

vacaciones” en el restaurante y mandé al personal a casa con cargo a mi cuenta.

Estuve rozando el abismo. Tan mal me sentía que en más de una ocasión me planteé la posibilidad de apearme del mundo. No lo hice por la misma razón que no me enfrenté a mi hermano en el funeral de mi padre, por cobardía.

No haberlo hecho me dio una nueva oportunidad de redención. Tras varias semanas de desidia y autocompasión, salí de la cama una mañana como quien se levanta de una convalecencia particularmente larga.

Estaba débil, había adelgazado varios kilos al no comer apenas y me dolían todos los huesos del cuerpo, hasta los más pequeñitos. Pese a todo, mi voluntad estaba reforzada y una idea inesperada había surgido de pronto sorprendiéndome, empujándome a emerger de mí misma y mirar a los demás.

Fue gratificante salir a la calle y descubrir que nadie me miraba mal, que la gente pasaba por mi lado sin ver en mí lo que yo había percibido durante mi encierro: la locura de la culpa.

Era muy pronto, aún no había amanecido del todo, hasta los bares estaban cerrados. Paseé sin rumbo fijo tratando de poner orden en mis ideas. Anduve sin notar los rayos solares que comenzaban a calentar la primera hora matinal, sin ver la incipiente actividad de las calles; cuando quise darme cuenta estaba enfrente del local, mi querido restaurante. Una mujer leía la carta de platos. Eran cerca de las ocho de la mañana, según mi reloj de muñeca.

—Buenos días —saludé, mientras sacaba las llaves del bolso.

Abrí la puerta y la invité a pasar.

—Un poco temprana paria comer, ¿no creees? —me dijo con su característico deje ucraniano.

—Pues, desayunaremos —contesté sonriendo.

Ella, en cambio, estaba muy seria.

—¿Estás seguíura de lo que me dijiste por tilefóno?

La miré directamente a los ojos.

—Si tú quieres, sí.

Me cogió las manos y me acarició el dorso con los pulgares. Su tacto era suave, tierno y tranquilizador.

—Vas a *ponierte* en contra de *todo tu familia* —insistió.

—Se dice toda.

—Toda.

Me quedé pensativa un momento, mis manos en las suyas.

—Llevaría peor ponerme en contra de mi propia conciencia. Mi padre te eligió. Ninguno tenemos derecho a cuestionar su decisión, estemos o no de acuerdo —suspiré sin querer—. Vivirás conmigo solo hasta que encuentres algo. Bueno, hasta que quieras —rectifiqué—. Además... Creo que voy a necesitar ayuda aquí. Estoy pensando en ampliar el negocio.

A Alla se le iluminó la mirada. Me abrazó mientras sentenciaba:

—¡Estás loca!

Podía parecerlo, sí. En cambio, me sentía más sensata que nunca.

Salimos a la calle agarradas del brazo. Por nuestro lado pasaron dos chiquillas negras con mochilas, iban bromeando sobre algo que solamente ellas conocían. Cuchicheando entre sí y riendo. Después nos cruzamos con un grupo de mujeres rodeadas de niños. Tapaban sus cabezas con pañuelos de colores; una de ellas me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Más allá, un hombre de pelo rizado y aspecto subsahariano esperaba para cruzar el semáforo.

Seguramente algún día mis abuelos o, tal vez mis tatarabuelos, fueron intrusos en otra tierra.

Pareció que Alla me leyera el pensamiento al decir:

—¡Qué cantidad de *immigranties*!

Nos reímos con ganas. Y nuestra carcajada traspasó todas las fronteras, la escucharon todos los pueblos, la entendieron todas las razas.

Mírame

—¡YA ESTÁ BIEN! ¡SE ACABÓ! —exclamó la mujer golpeando la tabla de corte con el filo del cuchillo.

Con la otra mano sujetaba una zanahoria.

Podía haber gritado. Pero no, cuando estaba realmente enfadada no gritaba. Bajaba la voz hasta convertirla en un susurro grave. Durante un momento miró al niño y a la niña que jugaban delante de la Wii. Disparaban con un arco inexistente a una diana de pacotilla. Juegos virtuales.

La mujer señaló a su marido con la zanahoria mientras avanzaba hacia él, repantingado como estaba en el sofá de tres plazas. La pequeña René y su hermano Gabriel dejaron de jugar y observaron a su madre y a su padre.

—Mariona, cariño... —comenzó a decir el hombre. Pero la mirada y el gesto de ella le hicieron cerrar la boca de inmediato.

—A partir de ahora mismo tú limpiarás y fregarás los platos, tú cocinarás, tú irás a la compra, tú te levantarás por la noche para acompañar al baño a René y le repetirás a Gabriel treinta veces al día que recoja su habitación. Y, sobre todo, tú y solo tú, aguantarás al pelma de tu padre, que para eso es tuyo. Yo ya tengo bastante con aguantarte a ti.

Mariona agitó la zanahoria frente a las narices de su marido a la vez que lanzaba un profundo y prolongado suspiro. Estaba hasta el gorro de todo. Dio media vuelta y, después de dejar su “letal arma” sobre la encimera de la cocina, se puso una chamarra y salió de casa cerrando la puerta con mucha suavidad.

Gabriel, sospechando que aquello era cosa de personas mayores y que no iba con la gente menuda, se llevó a su hermana a la habitación para evitarle la congoja de vivir una pelea familiar. Desde pequeño había visto las suficientes para aprender en qué momento quitarse de en medio.

Héctor, el padre, ser humano inteligente a pesar de no comprender qué demonios estaba pasando exactamente, apagó el televisor y se fue a la cocina a terminar de preparar la cena. Una señal de alarma se estaba abriendo paso hacia su conciencia y, mientras hacía unos huevos fritos, se rascaba de vez en cuando la incipiente calva preguntándose cómo había llegado él a semejante abandono. ¿Por qué había dejado todo en manos de Mariona y se había instalado en la apatía?

No supo qué responderse.

Mariona, después de deambular bajo la lluvia primaveral durante horas, regresó casi de madrugada, empapada y cabizbaja. Abrió con cuidado la puerta del baño, se desnudó en silencio y se metió bajo el agua caliente de la ducha hasta que se le escaldó la piel.

No se acostó, se parapetó tras el ventanal de la sala a observar a la gente que pasaba. Allí abajo, vistos desde un noveno piso, los paraguas parecían champiñones de colores y formas variados a los que les habían salido piernas para caminar. Mientras la mirada de Mariona se entretenía con los reflejos de las aceras mojadas, las luces distorsionadas de las farolas y los incontables matices del alba lluviosa, su mente vagaba entre anhelos perdidos y nostálgicos recuerdos.

La mañana siguiente estuvo llena de ojeras y miradas interrogantes. La pequeña René quería preguntar qué pasaba, pero el gesto cómplice de su hermano para que guardara silencio, la indujo a no decir nada. Mariona quería tomarse el café y descansar, sin más, y se aferraba con las dos manos al calor de la taza como si se la fueran a quitar. Héctor, por su parte, guardaba silencio.

—¿Sigues enfadada mamá? —preguntó René cuando ya no pudo aguantarse más las ganas.

—No estoy enfadada, cielo. Solo un poco disgustada.

Héctor consultó su reloj de muñeca y dio unas palmadas en el aire.

—Venga, rapidito, que vais a llegar tarde a clase —dijo—. Hoy os llevo yo.

La niña saltó entusiasmada de la silla, obsequió a su padre con un beso y fue corriendo a por su mochila. Al ver que su hijo no se movía, Héctor ordenó:

—Ve a preparar tus cosas Gabriel.

El chico salió de la cocina de mala gana.

—Se hacen mayores —comentó Mariona.

—Sí.

—Gabriel se da cuenta de todo.

—Sí.

El silencio se instaló de nuevo entre la pareja. Mariona miraba su taza de café y Héctor la miraba a ella.

—¿Qué nos está pasando Mariona?

Mariona seguía con la vista las volutas de vaho que despedía el café.

—Se han acabado las perdices —contestó.

—Ya, aunque el sarcasmo veo que no —. Héctor apretó los dientes. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Hizo de tripas corazón y, aun a sabiendas de que lo iba a empeorar más, sacó el tema que le estaba carcomiendo —: ¿No vas a preguntarme por qué no voy a trabajar hoy?

—Te han despedido. Me llamó ayer tu madre muy enfadada porque se había enterado por un compañero tuyo. Se ve que tu padre y ella cogieron el bus para ir al centro. Coincidió que estaba Pedro de servicio y, al reconocerles, les saludó y les dijo que la compañía ha reducido las líneas y que han echado a cuatro, uno de ellos tú. Según tu madre, Pedro es un cerdo. A ella le pareció que se regodeaba dándoles la noticia.

Mariona había hablado de un tirón, sin respirar apenas. Silencio de nuevo. «¿Y por qué mi madre no me ha llamado a mí?» pensó Héctor. Iba a preguntárselo a Mariona cuando René entró en la cocina correteando.

—¡Ya estoy lista! Vamos —. Cogió a su padre de la mano y tiró para que se levantara, sin conseguirlo — ¡Hala, venga!

Mariona esperó a que Héctor y la niña estuvieran casi fuera de la cocina para hablar. La noticia salió serena y firme de sus labios, sin titubeos. Si en algún momento había contemplado la posibilidad de preguntarle su opinión a Héctor, ahora ya no le importaba lo que podría pensar. Había tomado su decisión.

—Me han propuesto ir a México.

Héctor giró la cabeza.

—¿Qué pintas tú en México?

—¿Y qué pinto aquí?

—¡Papá! —René protestaba mientras estiraba a su padre de la camiseta intentando hacerle avanzar hacia la entrada, donde esperaba su hermano —. Que vamos a llegar tarde. ¡Jo, papá, date prisa!

—Ahora vuelvo y hablamos —dijo Héctor a su mujer.

Mariona asintió con un gesto de cabeza.

Cuando Héctor volvió se encontró con una escena inesperada: un joven estaba sentado en su sofá. Contaba algo que debía ser gracioso, porque la risa de Mariona llenaba la sala. Había preparado una bandeja con café y bollos y la estaba dejando en la mesa en ese momento. Al verle se puso serio.

—¡Héctor! Ven, quiero presentarte a alguien.

Héctor no tenía muchas ganas de conocer a nadie. Y menos al payaso roba sonrisas de su mujer.

—Leandro es catedrático en educación ambiental y trabaja para la Unesco—explicó entusiasmada Mariona—. Su intención es poner en marcha una serie de aulas de ecodiseño en diferentes países. Quiere que yo le ayude, que sea su colaboradora. ¿Te das cuenta, Héctor? Voy a formar parte de un proyecto increíble.

Así que lo había decidido sin consultarle. Héctor no podía creer que su mujer pasara de él de semejante manera.

—Mariona es extraordinaria. Je, Je... —rió tontamente Leandro—. Pero eso tú ya lo sabrás, claro.

En ese momento Héctor no sabía nada de nada. Hacía tan solo media hora escasa que se había enterado de que su pareja tenía la intención de irse a México. Y ahora recibía el bombazo de que sí se iba. Era seguro.

No tenía ni idea de por qué Mariona se escapaba de su lado; y no estaba seguro de querer descubrirlo, dado que había un tipo raro sentado en su sofá que parecía estar encandilado con ella. Un ramalazo de celos le pinchó el pecho. Trató de disimular su malestar y la hostilidad que empezaba a sentir hacia el visitante. No lo estaba consiguiendo, a tenor de la inquisitiva mirada de Mariona.

—Leandro es mi jefe —explicó ella.

—Ah —dijo Héctor.

—Pasaba cerca de aquí y me ha llamado. Le he invitado a desayunar.
Silencio.

—No tienes de qué preocuparte, Leandro tiene pareja.

—Ah.

A Leandro la situación le parecía divertida.

«¿Y tú de qué te ríes, cacho perro?» Pensó Héctor. Tomó un sorbo de café que le amargó el paladar y más tarde, seguramente, le provocaría acidez.

—Espero que no te importe que te robe a Mariona durante unos días —la mano de Leandro se posó sobre la de Mariona—. Su participación en las conferencias de inauguración va a ser inestimable.

La expresión de Héctor cambiaba por momentos, sentía cómo la ira le subía por las mejillas hasta las orejas a medida que Leandro hablaba.

—La verdad es que al principio pensé que no aceptaría, pero cuando dijo que sí me llevé una gran alegría.

¡Y dale!

—Estamos muy ilusionados con el proyecto, ¿verdad Mariona?

Mariona sonreía y se dejaba agasajar. A Héctor la sangre y el enfado se le estaban agolpando en la cara poniéndosela colorada. Se sentía ofendido. Muy ofendido.

—Cuando habláis del proyecto da la sensación de que os referís a una criatura —comentó desabrido.

—Como metáfora no está mal —intervino Mariona—. Al fin y al cabo, lo que vamos a hacer en México no es más que el comienzo, algo así como un embrión que crecerá hasta convertirse en un ente con espíritu propio.

Leandro afirmaba con gestos de cabeza.

—Estoy de acuerdo, desde luego —dijo—. La empresa en su conjunto es ambiciosa y tendrá que ir desarrollándose poco a poco, así que se la puede comparar con un bebé, sí.

Héctor estaba fuera de sí. Se levantó bruscamente y al hacerlo tiró la bandeja. La cafetera cayó pesadamente sobre la mesa, el café salpicó en todas direcciones y los bollos acabaron en la alfombra.

—¡Mierda!

Mariona miró al hombre con el que compartía dos descendientes y una existencia tediosa. ¿Cómo podía ser que estuviera tan irremediabilmente enamorada de él?

—¡Soltadlo de una puñetera vez!

Mariona y Leandro se miraron.

—¿Soltar el qué, Héctor? —dijo ella con un mohín.

La mirada de Leandro le hubiera hecho comprender muchas cosas a Héctor, de no haber estado ofuscado.

—Pues eso, que toda esa charada del ecodiseño y las aulas verdes y todo eso no es más que una excusa para largaros juntos —Héctor levantaba más la voz por momentos y miraba fijamente a Mariona con los dientes apretados, intentando mantener la calma sin conseguirlo—. Dímelo claramente, no te andes por las ramas, sin rodeos, sin tapujos, sin...

—¡Bueno, vale! ¡Tranquilízate, Héctor, por favor! Ya voy a decírtelo.

Mariona, contrariamente a lo que podría parecer, estaba disfrutando viendo fuera de sí a su esposo. De hecho, apenas podía aguantarse la risa.

—Pues venga, dílo.

—¿Charada? —Leandro no salía de su asombro—¿Este hombre ha

llamado charada a nuestro proyecto?

Héctor estaba empezando a perder la paciencia. Señaló con un dedo acusador a Leandro.

—Tú calla.

—La vida contigo se estaba volviendo muy aburrida.

El dedo de Héctor se replegó. Se volvió hacia su esposa con la sorpresa y el dolor pintados en el rostro.

—¿Aburrida? No entiendo. ¿Qué quieres decir con que nuestra vida es aburrida?

—Pues eso, lo que he dicho —. De la garganta de Mariona se escapó un leve y casi inaudible quejido, un sollozo —. Ya nunca me escuchas. Casi ni me miras. Te pasas el día viendo la tele o sesteando. Reconócelo —los ojos se le habían humedecido un poco, confiriéndoles un brillo que a Héctor le pareció muy seductor. No podía perderla. Mariona volvió a sonreír, pero era una sonrisa triste la que dibujaban sus labios —. Y no soy yo la más importante. Están tus hijos... Si ni siquiera haces caso a René, que aún te necesita; no te digo ya a Gabriel, que es prácticamente independiente. Él ni siquiera existe a tus ojos.

—¿Y por eso me la pegas con tu jefe?

—¿Qué te la pego con mi jefe? ¿Tú estás tonto o qué? —La sonrisa triste de Mariona se tornó mueca burlona.

—¿Has escuchado a Mariona? —preguntó Leandro a Héctor mientras sacaba una foto de su cartera —. Te ha dicho que tengo pareja.

—Ella también y eso no le ha impedido ser infiel.

—Mira —Leandro sostenía la instantánea a diez centímetros de la cara de Héctor.

En la imagen, un Leandro feliz sonreía a la cámara. Tras él, un hombre maduro y atractivo le rodeaba el cuello con los brazos.

Héctor enmudeció.

—Se llama Fabio —dijo Leandro —, y es mi marido —enseñó su dentadura en una sonrisa asquerosamente perfecta —. Tienes una suerte increíble de que una mujer como Mariona esté contigo, Héctor. Procura mantenerla a tu lado —añadió mientras se guardaba la foto —. Te llamo luego Mariona. Y no te molestes en acompañarme a la salida, cielo, ya sé dónde está.

—Vale. Gracias por todo, Leandro —Mariona, una vez solos, cruzó los

brazos a la altura del pecho y se puso muy seria —¿Y bien? —inquirió a Héctor.

Él aún tenía la boca abierta y expresión alelada.

—He metido la pata —dijo al fin.

Mariona lo observaba, complacida de que se hubiera dado cuenta de su error, pero preocupada por la situación que intuía se avecinaba. Era evidente que estaban en la cuerda floja como pareja y que la decisión de irse a México, aunque fuese por un tiempo muy corto, seguramente dificultaría el diálogo y el entendimiento entre Héctor y ella. Sin embargo, quería aprovechar la oportunidad que se le había presentado. Era cuestión de defender su libertad a capa y espada, de no renunciar al crecimiento personal y laboral. Ahí estaba la clave.

—Hemos metido la pata, Héctor. Yo también soy responsable de lo que nos está pasando. Por no hacerte partícipe de mis necesidades, por no quejarme, por permitir que pensaras por mí, y por muchas otras cosas que ahora no me apetece enumerar.

—Qué quieres realmente, Mariona. Dímelo, porque yo no lo sé.

Mariona escondió la cara entre las manos durante un breve instante. No lloró, no era el momento del llanto y además ella no era de lágrima fácil. Intentaba serenarse y pensar con claridad; no quería perder a Héctor, pero tampoco quería una vida de mercadillo. Deseaba disfrutar de su pareja, de su hija y su hijo. Y de ella misma. Sobre todo, de ella misma.

Se acercó a Héctor y cogió sus manos. Le entristecieron sus ojos húmedos y la expresión de desamparo que mostraba: la espalda encorvada y los hombros caídos, abatidos. Quería consolarle, abrazarle, rendirse y dejarse llevar sin lucha, sin esfuerzo.

Estaba cansada.

Sin embargo, una convicción profunda y sincera puso en sus labios las palabras que ella no tenía ganas de pensar.

—¿Qué quiero? Quiero que me beses sin quitarme el aire de la boca. Quiero que te acerques sin invadir mi espacio. Quiero que oigas mi voz sin juzgar mis palabras —clavó sus profundos ojos verdes en los de su esposo, al cual le temblaba ligeramente el labio inferior—. ¡Mírame, Héctor! Pero mírame para verme, no para esquivarme. Y sin pensar que te pertenezco, porque no soy tuya.

Una lágrima rodó por la mejilla de Héctor. No se molestó en secarla,

al fin y al cabo ¡qué más daba! ¿Quién se había inventado eso de que los chicos no lloran?

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú, Héctor?

En la calle, una bandada de pájaros sobrevolaba los tejados. Evolucionaban creando imágenes espectaculares sin que nadie se fijara en ellos.

Héctor acarició el rostro de Mariona y luego la abrazó. El llanto corría libre por su cara. En ese instante se oyó la cerradura de la puerta y acto seguido, pasos en la entrada.

—¡Señor! ¡Si es ya mediodía! —exclamó Mariona.

—¿Ya? Pues sí que se nos ha pasado rápida la mañana —añadió Héctor.

Se secó la cara con la manga del suéter justo a tiempo para saludar a la pizpireta René, que se abrazó a su cintura sin contemplaciones.

—Papá, te has olvidado de ir a buscarnos.

—Lo sé, cariño —Héctor se puso de cuclillas para estar a la altura de su hija—. Lo siento, no volverá a suceder.

—¿Estás llorando? —Preguntó René con la inocencia propia de los niños pequeños.

—¡Qué va! Es solo... —Héctor buscó una explicación sencilla y razonable —que he estornudado. Eso, he estornudado y se me ha quedado la cara colorada.

—Lávate las manos y vamos a comer, ¿vale? —Instó Mariona a su hija, empujándola suavemente de los hombros.

Gabriel se cruzó con su hermana al entrar en el salón y soltó la mochila de malas maneras, sin saludar siquiera. Culpaba de todo lo malo que sucedía en la familia a su padre y tenía que demostrarlo de alguna forma, así que le barrió con una mirada de desprecio al dirigirse al sofá. Se dejó caer en el asiento con estudiada indiferencia y entonces se dio cuenta del desastre: la bandeja en el borde de la mesa a punto de precipitarse al suelo, la cafetera caída y el café derramado en salpicones aquí y allá, los bollos repartidos por la alfombra como dulces cadáveres abandonados. Sin decir palabra se levantó y se fue a la cocina.

—¿Qué le pasa? —preguntó Héctor.

—Estará asustado, supongo. Creerá que nos hemos peleado.

—Algo de eso hay. Yo he estado a punto de cascarle al catedrático de

ambientadores.

Mariona rio de buena gana.

—Pero hombre, mira que eres zoquete. Leandro es catedrático en educación ambiental —se puso seria—. Vuelvo a repetirte la pregunta, Héctor. ¿Tú qué quieres?

—¡Tengo hambre! —gritó René desde la cocina—. Gabriel ha dicho que no va a comer, que se larga a su cuarto —explicó cuando su madre le sirvió los macarrones.

Mariona se encogió de hombros.

—Bueno, ya se le pasará.

—Sí —afirmó Héctor—, en cuanto vea que está equivocado.

La mirada que cruzaron Mariona y Héctor dejó perplejo a su hijo adolescente, que observaba la escena desde la penumbra del pasillo. Se había escondido allí para no estar solo en su habitación y porque necesitaba saber qué estaba pasando. Seguía allí escudriñando cuando su padre apretujó el cuerpo de su madre contra el suyo y le dijo:

—Quiero que sepas que desde hoy voy a escucharte, no voy a juzgar tus palabras, no te quitaré el aire de la boca, no invadiré tu espacio. Te miraré y haré el esfuerzo de pensar que no me perteneces —hubo un instante de silencio en el que el tiempo pareció detenerse—. Quiero que sepas que desde hoy puedes contar conmigo —añadió Héctor al fin.

A Gabriel no le hizo falta escuchar las palabras, hacía tiempo que había aprendido a interpretar los gestos. Y los de su madre y su padre no dejaban lugar a dudas. Se querían. Irrumpió en la cocina, se sentó a la mesa y se sirvió todos los macarrones que quedaban en la bandeja.

La herencia de Lionel

LA MELODÍA DEL MÓVIL SONABA una y otra vez, insistente, apremiante. Patricia intentaba sacar el aparato del bolsillo sin dejar de correr, pero era imposible. Su perra Triska saltaba a su alrededor, ladraba alborozada. Cuando al fin descolgó, la llamada se había interrumpido. En la pantalla del móvil aparecía un número que no tenía registrado.

—¡Cagüen...!

Eran las siete de la mañana de un precioso sábado de abril, el cielo estaba despejado y prometía un día soleado. Sin embargo, esa llamada le había fastidiado el comienzo de la jornada. No podría quitársela de la cabeza hasta descubrir quién estaba detrás.

«Lo mejor será que vuelva a casa y me dé una ducha bien caliente» se dijo.

Una enorme nube gris tapó el sol. Luego, en unos minutos, el cielo se cubrió de nubes de tormenta y empezaron a caer las primeras gotas. La casa de Patricia no quedaba muy lejos de donde se encontraban en ese momento, así que aceleró el paso.

—¡Vamos, Triska! Date prisa o nos calaremos.

Y se calaron. La lluvia se convirtió en aguacero rápidamente y en cuestión de minutos ella y su perra acabaron como sopas. La larga melena de Patricia, que llevaba siempre recogida en coleta cuando corría, chorreaba agua y le golpeaba la espalda como un latiguillo en cada zancada que daba.

En el momento en que Patricia introducía la llave en la cerradura de su casa, volvió a sonar el móvil. Esta vez sí le dio tiempo a descolgar.

Una voz masculina, que se identificó como Bryan Anderson, abogado de la familia Egaña, le notificó en un castellano con marcado acento, que su hermano Vincent había fallecido.

—Tiene que ser un error. Yo tengo un hermano, pero se llama Vicente —protestó Patricia.

De pronto se dio cuenta. Vincent era la traducción de Vicente. No podía ser otro que su hermano, el mismo que se había peleado con sus padres y se había marchado de casa.

Media vida sin saber nada de él y aparecía muerto después de años.

El abogado explicó de forma sucinta que Vincent, enfermo y próximo a

terminar sus días, había recordado que tenía una hermana pequeña en algún lugar del mundo.

—¿Y no se le ha ocurrido cosa mejor que incluirme en su testamento!?

—interpeló airada Patricia.

—Pues ya ve usted, señora Egaña, eso parece.

¿Señora? ¿De dónde había salido ese abogado? ¿De las cavernas?

—No soy señora.

Al otro lado de la línea el abogado resopló.

—Disculpe señorita.

—Señorita tampoco.

—¿Cómo debo tratarla, entonces? —la confusión del letrado era evidente por su tono de voz.

—Patricia, sin más.

—Está bien, como desee —un nuevo suspiro y el sonido de papel, como de hojas al ser pasadas—. Le informo, no obstante, que es condición sin ecuanon que venga usted en persona a la lectura de las últimas voluntades de su hermano.

«Qué bien hablan los abogados» pensó Patricia.

Estaba empapada y de un humor de mil demonios, así que la herencia de su hermano le importaba más bien poco, o nada.

—¿Cuándo será eso? —Quiso saber.

—Tenemos un plazo de tres días.

—¿Tres días solamente? Pero yo no puedo abandonarlo todo y largarme.

—Es lo único que puedo decirle. El señor Egaña lo dejó bien claro, máximo tres días. O no hay herencia.

A Patricia se le ocurrió que podría mandar a la mierda al tipo aquel que decía ser abogado.

—¿Y si no me interesa la herencia? —Preguntó en cambio.

—En ese caso, no tiene usted ningún problema. Se olvida del caso y ya está.

Era irracional; sin embargo, le sentaba fatal que Vicente la hubiera nombrado heredera. ¿Quién se creía que era? Aparecer de repente en su vida y ponerla patas arriba después de tantos años.

—Pero ¿qué puedo hacer, Triska?

La perra miró a su dueña y ladró moviendo el rabo, esperando una

caricia. Patricia abrazó a Triska por el cuello.

Tras sopesar la situación preparó café y se dispuso a esperar la información que le enviarían por fax desde América. Luego ya vería.

Estaba a punto de meterse en la ducha cuando el fax saltó.

—Aquí está —comentó—. Pues sí que han sido rápidos.

Mientras se duchaba pensó que bien podría disfrutar de unas vacaciones. Llevaba más de seis años dirigiendo Only Women, una pequeña empresa de cosméticos con bastante prestigio, de la cual le pertenecía la tercera parte. El resto se lo repartían Susi, jefa de marketing, y Naia, encargada del laboratorio.

Sus socias lo entenderían. Total, serían solo diez o doce días los que pasaría en California. El tiempo mínimo indispensable y regresar.

—Decidido por unanimidad, Triska —tenía la costumbre de pensar en voz alta y compartir sus reflexiones con su perra—. Echaré un vistazo a la hacienda de ese hermano que me ha salido por ahí.

Ella no quería vivir en California, eso lo tenía claro. Sopesó la situación. Si se hacía cargo de la herencia —y así parecía que iba a ser— dejaría un administrador del patrimonio para que la mantuviera informada y asunto resuelto.

—¿Ves qué fácil? —dijo, y acarició la cabeza de Triska de forma distraída.

Reservó, vía Internet, dos billetes de avión a Los Ángeles. Luego llamó a su amiga Andrea.

—Te vienes conmigo a California —le dijo.

—Con que me ha tocado el premio gordo ¿eh? —exclamó Andrea.

Patricia no pudo evitar una sonrisa.

—Me vendrá bien una periodista loca a mi lado.

Andrea era una joven de aspecto menudo, facciones aniñadas, sonrisa burlona y temperamento irreflexivo. Se ganaba la vida como columnista frilance. Patricia la adoraba porque era un bálsamo para su pragmatismo, que a menudo se volvía exagerado.

—Sea lo que sea, me apunto. Pero que conste que me debes unas cuantas —Andrea estaba entusiasmada.

Patricia preparó rápidamente su equipaje, llevó a Triska a casa de su padre y pidió un taxi.

En ese momento no tenía ni idea de hasta qué punto le iba a complicar

la vida su decisión.



Anderson, el abogado, esperaba frente al porche de la mansión Egaña. Estaba repantingado sobre los mullidos almohadones de un enorme sillón indonesio, y fumaba tranquilamente una pipa. Vestía pantalones safari y camisa sin mangas. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de paja de ala ancha.

Cuando las vio bajar del taxi, se levantó y saludó con la mano. Acto seguido, se acercó en compañía de un sirviente que cogió el equipaje.

Parecía muy campechano.

—Seguramente necesitaran descansar. Si está usted de acuerdo, podemos dejar el papeleo para mañana —. Los ojos grises de Anderson escrutaron a Patricia, que asintió en silencio, y luego se posaron en Andrea.

«Menudo personaje» pensó la periodista.

Se sentaron en el porche de entrada, un rectángulo de considerables proporciones rodeado de columnas que parecían de estilo griego.

En todo caso, a Patricia le daba igual. No entendía mucho de arte, así que dejó de verlas, aunque las mirase y su pensamiento se perdió en consideraciones abstractas.

—Corintias —dijo Anderson creyendo que Patricia se interesaba por las columnas.

—¿Qué? —Patricia volvió la cabeza hacia su anfitrión.

—Las columnas. Son de estilo corintio.

Y a ella qué le importaba.

—Ah. Vale —contestó, sin embargo.

Una mujer enjuta, vestida de forma sobria, demasiado para el gusto de Patricia, apareció con una bandeja llena de pastelitos y un servicio de café. Patricia sonrió a la mujer, que hizo una leve inclinación de cabeza sin cambiar el gesto adusto de su rostro.

—Entonces, el papeleo para mañana. ¿Le parece bien, Señorita Egaña?

—Claro, sin problema —contestó Patricia —. Y, por favor, llámeme Patricia nada más.

—Bueno, de acuerdo, Patricia. La espero mañana a las nueve en el despacho de su hermano. Es la habitación del fondo, en la primera planta.

Donna le indicará la estancia.

La mujer, pese a su aspecto huraño, tenía unos ademanes suaves y cuando se dirigió a ellas, su voz sonó afectuosa.

—He preparado habitaciones para ustedes. Cuando acaben el café, si les parece, se instalan.

—Bien —concedió Patricia.

—Gracias, Donna —dijo Anderson.

Donna desapareció en el interior de la casa.

—Bueno, señoras, si no les importa yo me retiro. He de terminar algunas gestiones antes de que finalice el día —añadió el abogado.

Levantó su enorme corpachón con sorprendente agilidad y se fue hasta un lujoso Audi que estaba aparcado entre el camino de gravilla y el césped.

Patricia lanzó un silbido de admiración.

—¡Vaya carro!

—O sea, no va nada con su atuendo, oye —se burló Andrea haciéndose la pija.

Patricia durmió mal esa noche y al día siguiente se levantó tan cansada como si hubiera corrido una maratón. Sin embargo, a las nueve en punto llamó a la puerta que Donna le había indicado como el despacho de Mister Egaña.

Anderson había cambiado su atuendo informal por un traje azul oscuro.



—Es broma ¿verdad? —Exclamó Patricia cuando el abogado terminó de leer.

—Me temo que no, Patricia, el sentido del humor no era propio de su hermano.

—Pero ¿cómo hago yo para encontrar hogar a tantos perros en un mes? Es imposible. Y está además lo de la fundación esa que ha dicho. ¿Cómo era?

—Pets & People.

—Eso. Verá, yo no puedo dedicarme a obras de caridad. Tengo mi vida, mi trabajo.

El abogado la miró con sus grises ojos de pez.

—No dispone de un mes, el plazo empezaba el día del fallecimiento, siete de mayo. Puesto que estamos a diez y ocho, tiene usted exactamente veinte días.

Le dieron ganas de echar a correr y no parar. Pero se contuvo y se

quedó quieta en la silla, sonriendo tontamente.

—He dado instrucciones al capataz para que le facilite lo que necesite y las ayude a usted y su amiga en lo que le pidan —. Anderson se echó hacia atrás en el asiento y esperó una respuesta. Era un hombre paciente y no tenía prisa.

Patricia resopló.

—Esto es —no encontraba palabras —... Es inaudito.

—Ah, otra cosa. Le recuerdo que, en caso de que expire el plazo y usted no haya cumplido con las condiciones exigidas como usufructuaria, perdería todo derecho sobre la propiedad. Con lo que la granja pasaría a pertenecer a los perros. En ese caso, la entidad fiduciaria sería Pets & People.

—Y supongo que usted sería su gestor ¿no es así?

—Así es. Lo ha comprendido.

—Sí. Lo he comprendido perfectamente, señor Anderson —se inclinó hacia el abogado por encima de la mesa —. En mi país a la gente como usted se les llama *chorizos*, ladrones —. Volvió a echarse hacia atrás. Sus intensos ojos azules soltaban chispas.

Anderson le mantuvo la mirada durante un rato largo. Por fin, el abogado se levantó.

—Como guste señorita Egaña —dijo volviendo a trato formal y tendiendo la mano, que Patricia miró y se negó a estrechar —. Tal vez quiera reanudar nuestra conversación dentro de unos días, cuando haya clarificado sus ideas.

—Mis ideas están clarificadas, gracias.

—Por supuesto, como usted diga. En fin, cualquier cosa que necesite, estoy a su disposición.

Después de semejante entrevista, a Patricia se le había quedado el alma en vilo y el cuerpo tembloroso de indignación. Para calmarse se dio una vuelta por los alrededores de la mansión.

Admiró en su conjunto el espléndido diseño del edificio del siglo XIX. De estilo victoriano, elegante y señorial, la casa estaba rodeada de un gran parque repleto de secuoyas, robles y cedros centenarios. La hectárea y media restante estaba destinada a uso agrícola principalmente. Albergaba, además, las perreras y varios pesebres de ganado lanar, ya en desuso.

Encontró a Andrea en el enorme garaje de la mansión, una caseta apartada de la vivienda. Se accedía por un camino empedrado, flanqueado de

parterres multicolores.

—Patris, hola —saludó Andrea—. Estoy fisgoneando un poco. Mira lo que hay aquí. ¿Qué te parece?

Patricia observaba el interior del garaje con la boca abierta.

—Así me he quedado yo al verlo: aielada —comentó Andrea—. Tu hermano era... como decirlo... ¿peculiar?

—Yo diría raro. Pero que muy raro.

Había tapaderas de inodoro, cientos de ellas, de diferentes diseños, tamaños y colores. Estaban expuestas en baldas que llegaban hasta el techo y cubrían las paredes.

—Coleccionar tapas de wáter no es precisamente normal, desde luego —comentó Andrea. De pronto, se volvió hacia Patricia—. ¿Sabes? esto no tiene desperdicio—. Su mano señaló en abanico, abarcando imaginariamente toda la propiedad—. Hay un montón de material para hacer un reportaje sobre tu hermano y sus aficiones. Habría que adornarlo mucho, desde luego, pero un especial de su guardería canina quedaría estupendo.

—Antes tienes que ayudarme, Andi.

—Dame permiso para meter aquí las cámaras y haré lo que quieras, Patris.

—¡Buf! Está bien. Esto ya es una locura, así que total ¡qué más da!

—Se te ve un poquitín desesperada —Andrea se burlaba de su amiga sin tapujos.

—La cosa está así: Si no acepto un montón de gilipollecés que mi hermano se inventó en su lecho de muerte para joderme, el Anderson ese de las pelotas se queda con todo.

—¡Uy! Pues sí que estás cabreada.

—No imaginas cuánto —. Patricia resopló—. No abuses de mi debilidad, Andi, por favor.

—Está bien. Está bien. ¿Qué hay que hacer?

—Hay que conseguir casas de acogida para perros abandonados, unos cuarenta en veinte días.

—Haremos una cosa, tiraremos de lista de favoritos. Tú coges tu agenda y llamas a todos tus amigos, luego haré yo lo mismo. Así de simple —dijo, cogiéndose del brazo de Patricia para guiarla de vuelta a la casa—. Si conseguimos una buena cadena de información, tipo mis amigos se lo dicen a sus amigos, tendremos un montón de adoptadores potenciales.

—Andi eres estupenda y lo ves todo tan sencillo... No te complicas para nada la vida ¿Cómo lo haces?

—No lo sé. Me sale.

Patricia cerró los ojos un momento. Cuando los abrió parecía más tranquila.

—¿Vamos a conocer a los peludos? —propuso.

—¿Los perros?

—¿Quiénes si no?

En las perreras, un chaval se movía de chenil en chenil atendiendo a los animales; los sacaba al parque de juegos, los cepillaba, les echaba comida en los platos y repartía caricias a uno y a otro mientras ellos se arremolinaban a su alrededor. Con sus gestos conseguía que los perros se tumbaran, se sentaran, se apartaran a un lado o le siguieran. Un hombre le observaba en silencio, apoyado contra una columna.

El muchacho, al darse cuenta de la presencia de las mujeres, las miró con gesto adusto.

—*Let's give our guest a very warm welcome!* —gritó en un inglés casi incomprensible. Algunos perros gruñeron, otros ladraron. Luego el chaval bajó el tono a un susurro, señaló a Patricia y Andrea y añadió —: *And kiss my jerk!*

Andrea se indignó.

—¿Qué ha dicho? —Preguntó Patricia, que no había entendido bien.

—¡Que te bese el culo tu abuela! —Contestó Andrea sin hacer caso a su amiga.

El hombre se volvió.

—¿Qué puñetas! —exclamó visiblemente molesto. Pero al ver a Patricia y a Andrea, le cambió la cara y se acercó a saludarlas —¡Ah, ya están aquí! — tenía acento mejicano; era delgado, de expresión afable y lucía un bigote tipo mariachi que arrancó una sonrisa de Andrea —. Buenas tardes y bienvenidas. Me llamo Aurelio Cruz —pronunció la zeta como si fuera una ese pastosa—. Soy el capataz y ahorita mismito iba a ir en su busca. Vengan, que les presento a los chuchos.

Patricia señaló al chico.

—¿Por qué está tan enfadado? —Preguntó.

—¡Este pendejo! No le hagan mucho caso, está un poco... —hizo el gesto de chalado tocándose la sien con el dedo —. Les ha dado la bienvenida

no más. Siempre suelta lo mismo a todo el que asoma por aquí. No le gustan los extraños.

—Está bien, está bien. No se preocupe por nosotras, Aurelio. Ustedes sigan con lo suyo tranquilamente —. Patricia no dejaba de mirar al chico mientras hablaba —. Iremos a la casa a comer algo.

—¡Ah, bueno! ¡Entonces, bye! — Se despidió el capataz.

Andrea siguió a su amiga. Patricia caminaba cada vez más rápido haciendo resonar sus tacones sobre el empedrado del camino.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Andrea tenía dificultades para alcanzar a Patricia.

Patricia estaba muy alterada.

—¿Has visto sus ojos, Andi? ¿A quién te recuerdan?

—Mucha gente tiene los ojos azules. Mira, no te pongas neurótica y empieces a ver cosas raras.

—Llevo viendo cosas raras desde que he entrado en esta hacienda: colecciones de wáteres, colecciones de perros abandonados, columnas corintias en una casa victoriana. La lista es enorme —se pasó las manos por la cara —. Los ojos azul cobalto no están precisamente en esa lista. Serán una rareza en el resto del mundo, pero son muy comunes en mi familia, por si no lo has notado. Mi abuelo los tenía idénticos; mi hermano, parecidos a los míos. Solo un poco más claros — abrió los ojos de forma exagerada frente a Andrea y se los señaló —. ¡Mira mis ojos!

—Patris, sé de sobra de qué color los tienes.

—Y ahora dime que es pura casualidad, porque yo no lo creo. Mira Andi, si ese chico no es pariente mío me como una caja de cerillas.

—Te podrías convertir en la Antorcha Humana si alguien te roza demasiado.

Patricia la fulminó de una mirada. No estaba para bromas.

—Voy a averiguar quién es.

—Vale, ya que estás tan segura lo investigaremos. Pero primero comamos algo que llevamos desde anoche sin probar bocado —suplicó Andrea —. Si ni siquiera hemos desayunado ¡por el amor de Dios! Tengo un agujero en el estómago del tamaño de un cráter. Me estoy muriendo de hambre.

—Ve tú a comer. Yo voy al pueblo a hablar con la gente a ver qué me cuentan.

—¡Está bien! Vamos a comer al pueblo y luego jugamos a los

detectives. ¿Te parece?

Patricia se detuvo en seco, miró con cariño a su amiga y la abrazó.

—Gracias por estar aquí —le dijo.

—Gracias por esto, gracias por lo otro. Cuánta gracia —bromeó Andrea.

Ese día fue infructuoso. Como no querían llamar en exceso la atención, se limitaron a entrar en las tiendas y en las cafeterías. Hacían comentarios sobre la vida en la granja y la gente que vivía en ella, con la esperanza de que alguien siguiera el hilo de sus conversaciones. Al ver que no daba resultado y las miraban de forma hostil, cambiaron de táctica.

Al día siguiente empezaron a preguntar directamente a cada persona que se cruzaban. La pregunta era: ¿Conoce usted la Hacienda de los Egaña? Sí, contestaban todos.

Otra cosa era cuando decían el nombre del chico. En ese momento, bajaban la cabeza y negaban o se largaban directamente, dando por finalizada la charla.

—Creo que aquí hay algún tipo de complot, un pacto de silencio o algo así—comentó Andrea.

Cuando ya estaban a punto de tirar la toalla descubrieron algo de forma casual.

Habían recorrido el pueblo de arriba abajo durante dos jornadas agotadoras y decidieron darse un respiro. Ir al cine estaría bien, cuando menos las distraería.

Era domingo y había mucha gente para entrar en el cine. Mientras hacían cola para comprar las entradas, Patricia y Andrea bromeaban sobre la calidad de su inglés, aunque ambas tenían un nivel más que aceptable.

—Teníamos que haber invitado al chico y a Aurelio, así por lo menos entre uno y otro, nos habrían traducido este inglés que no hay quién entienda —dijo Andrea.

—El chico tiene nombre, Andi. Utilízalo cuando hables de él, por favor.

—Está bien, lo siento —concedió Andrea —. He querido decir Lionel.

Detrás de ellas esperaba un grupito de cuatro mujeres; la mayor de todas, una matrona que rondaría los cuarenta, las miró. Arqueando las cejas se acercó con disimulo. Andrea y Patricia siguieron con su conversación, como si no pasara nada, a pesar de haber notado el extraño movimiento de la mujer.

—A Lionel no creo que le gusten las películas románticas, no le pegan en absoluto. Me parece que le van más las de acción —opinó Patricia, mirando por el rabillo del ojo.

—Perdonen —dijo la mujer en perfecto castellano—. ¿Están refiriéndose al muchacho del Basque Ranch?

Las dos amigas se volvieron a la vez. La sorpresa las dejó mudas en un primer momento. Sin embargo, enseguida reaccionaron.

—Sí —contestó Andrea —¿Le conoce acaso?

—Bueno, quién no conoce a Lionel y su historia; bastante triste, por cierto —. Titubeó unos momentos, pero inmediatamente se repuso y, si tenía escrúpulos en hablar de las vidas ajenas, los dejó a un lado.

—Se dice que la madre acabó refugiándose en un convento, después de que le quitaran a su hijo recién nacido de los brazos. Nadie sabe qué ha sido de ella, si está muerta o aún vive. Aunque todo el mundo sabe aquí quién era el padre de la criatura nadie les dirá nada jamás. Es tema tabú.

—¿Y por qué está hablando usted con nosotras entonces? —Preguntó Patricia.

Andrea le dio un codazo. Hubo un largo silencio tras el cual, Patricia siguió intentando sonsacar a la mujer.

—¿Y quién es el padre de la criatura?

La mujer sonrió de forma inocente.

—Hay cosas que no salen gratis —dijo. Y se quedó callada.

—Mercadear con los sentimientos es muy poco elegante —Patricia estaba realmente molesta—. En fin, da igual. Mire, señora, sus rastreras intenciones me traen sin cuidado. ¿Sabe quién soy?

La mujer movió afirmativamente la cabeza. A esas alturas nadie ignoraba en el pueblo el parentesco que unía a Patricia y Vincent Egaña.

La heredera de la hacienda se quedó pensativa un breve instante mientras observaba a la mujer.

—¿Quiere trabajar para mí? —Preguntó por fin.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero, contarme todo lo que sepa sobre mi hermano. Después, ayudarme a probar que Lionel es hijo suyo; porque lo es, ¿no es cierto?

—Sí, tiene razón querida. Su difunto hermano, que en paz descansa, era el padre del crío. Lo sé a ciencia cierta —miró a su alrededor con reparo—. Opino que este no es el mejor lugar para hablar de ello, ¿no creen? —

contestó la mujer.

—Ese hijo de... — dijo entre dientes Patricia, reprimiendo un insulto —. Pienso desenredar todo este entuerto como sea. Vamos —dijo a la mujer —. Llévenos a algún sitio al que podamos hablar.

La mujer se despidió brevemente de sus amigas. Luego, guio a las jóvenes que acababa de conocer a una heladería-cafetería con poca concurrencia. Escogieron una mesa apartada y pidieron la especialidad de la casa. Patricia y Andrea pidieron helado. Se lo sirvieron en unas delicadas copas de cristal tallado. La mujer prefirió un café con leche.

Mientras Patricia y Andrea paladeaban sus helados, se dispusieron a escuchar a la mujer.

—Mi nombre es Gertrude Brit. Fui la cocinera de los Egaña durante los diez primeros años de su matrimonio. El padre de Mary Griscom estaba en la bancarrota, así que ella se casó con Vincent Egaña para salvarle.

“Tenía solo dieciséis años. Era menuda, de piel blanca y delicada, casi transparente. Parecía tan frágil y tenía una carita tan inocente...”

Suspiró profundamente. Había perdido la sonrisa y su expresión era triste.

—Pura fachada. En realidad, era malvada. Un ser sin corazón.

“Despreciaba profundamente a su marido. Y se lo demostraba siempre que tenía ocasión. Por ejemplo, le exigía regalos imposibles, o le acusaba de infidelidad, o se inventaba alguna enfermedad. Todas estas cosas conseguían hacer desdichado al señor Vincent. Él la adoraba; hacía cualquier cosa que su esposa le pidiera y se volvía loco cuando no podía conseguir alguno de los caprichos exigidos por ella. El pobre vivía en un desasosiego constante. Mary Griscom se encargó de hacer del tálamo nupcial un lecho de espinos.”

“Por aquel entonces el apellido Egaña ya era conocido en la comarca. Los productos de la granja se vendían muy bien y el negocio del pastoreo estaba en auge, así que la pareja disfrutaba de una posición económica envidiable. Él era atractivo y ella bellísima, ¡cómo no iban a ser la comidilla!”

“Solamente les faltaba un hijo para ser perfectos. Vincent lo deseaba porque necesitaba un heredero. Mary lo ansiaba con todo su ser por otros motivos; deseada por los hombres, envidiada por las mujeres, un hijo le daría el reconocimiento entre las damas de los círculos más exclusivos de la sociedad californiana. A través de su esposo tendría el poder económico y el

político; por sí misma ejercería el poder social.”

—Pero el hijo no llegó, ¿verdad? —Preguntó Patricia.

—No, no llegó.

—¿Y qué hizo entonces Mary? —Quiso saber Andrea.

Gertrude apoyó la frente entre las manos en actitud meditativa.

—Buscó una mujer sin recursos, una pobre inocente que no tenía dónde caerse muerta. No era de por aquí y nadie sabe cómo llegó al pueblo, el caso es que Mary se las arregló para que su esposo y ella se conocieran. El resto pueden imaginarlo.

Hizo una pausa antes de continuar.

“Los empujó, literalmente, a uno en brazos de la otra. De esa unión nació un niño, que fue arrebatado del seno materno nada más nacer. Cuando se lo entregaron a Mary, aún tenía el cordón umbilical. Yo estuve presente ese día. La señora me dispensó de mis labores. Puso a la pequeña Anna, mi ayudante, al frente de la cocina y a mí me encargó el cuidado de la criatura mientras buscaban un ama de cría.”

—Y luego ¿qué? ¿Por qué mi hermano no reconoció a su hijo, si su propia mujer lo había llevado a su casa?

Gertrude negó con la cabeza en un gesto apesadumbrado.

—Patricia, le he dicho antes que lo que yo sabía no tiene precio. Y así es, no lo tiene.

—¡Pero será avariciosa! ¿Es qué no tiene usted corazón, no ve como está mi amiga? ¿Qué quiere de ella eh? —Exclamó Andrea, saltando como un resorte hacia la mujer.

Patricia trató de calmarla, pero ella misma estaba tan tensa, tan ansiosa, tan acongojada, que le costaba articular las palabras y respiraba con dificultad.

Tenía la sensación de que el cerebro le iba a explotar de un momento a otro, salpicando las paredes pistacho del establecimiento. Le vino a la imaginación un trozo de sus sesos pegados en la lámpara de la mesa.

Intentó serenarse.

—Andi, por favor. Te lo agradezco, pero déjalo.

—No me han entendido. Cuando digo que no tiene precio, quiero decir que no es vendible. Esta historia no es un producto expuesto en el mercado — Gertrude parecía una persona distinta a la que habían conocido frente a la taquilla del cine —. Terminaré de contarle lo que sé sin pedirle nada a

cambio. Pero le advierto que lo que queda son habladurías. La mujer miró a Patricia con una ternura que no había demostrado hasta ese momento.

—¡Dios Santo, si el chico tiene sus mismos ojos!

Patricia dio un respingo a la par que la mujer soltaba una especie de gemido. Luego prosiguió relatando lentamente la historia que nadie conocía, pero de la que todo el mundo hablaba.

—El niño tenía dos años cuando yo me marché de la casa y desconozco si lo que se cuenta realmente pasó.

“Se dice que la madre del chiquillo acabó trastornada y que ingresó en un convento o monasterio, o algo así, de Colorado, creo. La verdad es que nadie ha vuelto a saber de ella. En cuanto a la criatura, corren algunos rumores de que era retrasado. Tal vez no se le notase a simple vista y es posible que al darse cuenta Mary quisiera obligar a su marido a que se deshiciera de él.”

Gertrude dio un sorbo a su café con leche.

—Repito otra vez que cuento lo que he oído —continuó—. El caso es que, al parecer, al padre no le quedó más remedio que ocultar su paternidad para no separarse de su hijo. Lo mantuvo escondido entre los braceros de la granja, haciéndolo pasar por el hijo de una viuda, un ama de cría que lo sacó adelante y a la que llamaba mamá.

“La viuda murió poco después que la señora y Lionel se quedó desamparado durante mucho tiempo. Su padre no sabía qué hacer con él, cómo tratarlo, así que se limitó a verlo crecer.”

—Debe ser terrible tener un padre que no te quiera —comentó Patricia.

Gertrude se encogió de hombros.

—Supongo que le quería a su manera. De todas formas, era un hombre muy poco cariñoso su hermano.

Patricia se sacó dos tabas de los nudillos, como siempre que estaba alterada. La historia de Gertrude estaba tensando sus nervios al máximo.

—¿Y quién se ocupa de él ahora? —Quiso saber.

—El único que le da cobijo y le comprende es Aurelio, el capataz de la finca. Se pasa con él prácticamente todo el tiempo.

Andrea se quitó una lágrima del borde de las pestañas.

—Con tanta cháchara no nos hemos comido el helado —dijo intentando disimular.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho Gertrude, de verdad. Ha

sido usted muy amable y ha tenido mucha paciencia con nosotras —Patricia estaba verdaderamente emocionada.

—¡Bah! No ha sido nada.

Se quedaron un rato en silencio, cada una dándole vueltas a sus pensamientos. Hasta que Gertrude llamó la atención de las dos amigas.

—¡Ya lo sé! —exclamó—. Sé quién tiene pruebas de lo que les he contado. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Patricia y Andrea se quedaron mirándola. Ella hizo un gesto que quería decir: “Es obvio.”

—El médico que atendió el parto —dijo al fin.

—¡Claro! —soltó Andrea.

—¡Por supuesto! —coreó Patricia.

—Y, ¿puede saberse quién es? —Preguntó Andrea, perdiendo el ímpetu inicial y cambiando bruscamente de expresión.

A Gertrude se le escapó una risotada tonta.

—Da la casualidad de que es mi vecino. No me digan que no tiene gracia.

No se rieron.

Barajaron la posibilidad de ir en ese mismo instante a casa del médico e interrogarle, pero estaban agotadas. Había sido una jornada muy intensa. La tarde llegaba a su fin y estaba a punto de anochecer.

—La mejor hora para hablar con mi vecino es el mediodía —informó Gertrude.

Quedaron en encontrarse a las doce del día siguiente en el mismo local y se despidieron con un abrazo.

Las dos amigas regresaron a la granja.

Sobre la mesa de la cocina esperaba una cena fría a base de embutidos, quesos, patés y bollitos de pan aún crujientes. A Andrea se le hizo la boca agua.

—¡Um! ¡Qué pinta más buena tiene esto!

Cambiaron algunas impresiones con el café de la sobremesa, pero ambas estaban muy cansadas y enseguida se retiraron a sus habitaciones.

Patricia estaba exhausta. En los últimos días había ido de sorpresa en sorpresa; cuando parecía que algo cobraba sentido, surgía otro nuevo interrogante y vuelta a empezar. Era realmente agotador.

Sentía unas ganas enormes de llorar o gritar, pero se las aguantó. Tenía

mucho en que meditar. Debía tomar decisiones trascendentales tanto para ella como para terceras personas, no podía ceder a un impulso de debilidad, debía mantenerse fuerte.

Se pasó buena parte de la noche mirando hacia las estrellas, intentando encontrar respuestas entre su resplandor, pensando en una solución viable para el embrollo que tenía entre manos.

El alba le sorprendió con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, acurrucada en un silloncito capitoné incomodísimo. Cuando se despertó abrazaba sus piernas. Estaba entumecida, los pies le hormigueaban y las tripas le crujían de hambre. No obstante, la mente la tenía despierta y a punto para rendir al máximo.

—Por fin estás de vuelta, neurona mía, te he echado de menos —dijo en voz alta.

Abrió su portátil y se dispuso a trabajar con todos los sentidos en guardia. Esbozó las líneas generales de lo que decidió sería el próximo plan de acción. Hasta ese momento habían estado dando palos de ciego y aunque no les había ido mal del todo, era hora de organizarse.

Su visión del asunto había cambiado radicalmente, los perros no eran la prioridad. Lo verdaderamente importante era Lionel, su bienestar.

Estaba convencida de ser la tía del chico y estaba dispuesta a procurarle lo mejor. Para eso había que atar algunos cabos; y rápido, que ya casi no le quedaba tiempo.

—¿Sabes que me estoy encariñando con este lugar? Estoy pensando seriamente en adoptar yo misma a los perros —le dijo a su amiga mientras desayunaban.

—Sí, ya. ¿Me lo dices o me lo cuentas? Me parece a mí que tú te estás encariñando de alguien más.

—Necesita afecto —contestó, poniéndose a la defensiva.

—¡Ah, claro! Y tú le das afecto a paladas —dijo en tono irónico Andrea.

—Ha estado tanto tiempo abandonado, repudiado por su propio padre, privado del amor materno. ¿Cómo no voy a cogerle apego?

—¿De quién estás hablando?

—¿De quién estás hablando tú?

Las dos se miraron confundidas. Fue Andrea la primera en contestar.

—Bueno, os he visto a Aurelio y a ti. Parecéis congeniar y, en fin, que

yo creía que, bueno... Creía que os estabais enrollando ¡caramba!

—¿Pero tú de qué vas? Que yo no me enrolló con el primero que me encuentro por ahí, qué te crees ¡eh! —Patricia parecía ofendida.

—Vale, chica, perdona. Ha sido una confusión, una interpretación equivocada; te prometo que no ha habido mala intención por mi parte.

—Perdonada —contestó airada Patricia.

«Si no hay nada, a qué viene semejante pataleta» pensó Andrea. Y su cabecita empezó a divagar, la mirada perdida en un punto lejano.

De pronto volvió a la realidad y vio a Patricia que le estaba pasando la mano por delante de la cara para llamar su atención.

—¿Estás ahí? Despierta bella, hay mucho que hacer. Va a ser una jornada movidita y te quiero aquí dentro de media hora.

—Frena un poco, loca. ¿Qué vamos a hacer dentro de media hora?

—Si me dejas que te explique, te enterarás.

Andrea hizo una mueca resignada que Patricia interpretó como su permiso para seguir hablando.

—Antes de encontrarnos con Gertrude tenemos que ir a la biblioteca, hemos de comprobar un par de cosas.

Parecía que se le había pasado el disgusto.

—Sus deseos son órdenes, mi señora —bromeó Andrea—. Por cierto ¿a qué hora habíamos quedado con Gertrude?

Patricia sonrió afectuosa.

—No tienes remedio —dijo.

Patricia quería verificar si era verdad que la madre de Lionel había sido recluida en un convento o monasterio, y si seguía con vida.

La tarea les llevó menos tiempo del que esperaban.

—¡Bingo! Hemos dado con el sitio —anunció Patricia justo en el momento que entraba Gertrude por la puerta de la heladería.

Andrea parecía una chiquilla rebañando los restos de su copa, una verdadera obra de arte. Relamía la cucharilla una y otra vez mientras Patricia, concentrada en la pantalla de su portátil, parecía estar en otro mundo.

Gertrude se sentó al lado de Patricia y pidió un cappuccino.

—Hola ¿ya estás aquí? Mira esto —Patricia le enseñó la pantalla—. Es el único convento que recogía jovencitas descarriadas en la década de los sesenta.

—¡Uy! ¡Cómo quema esto! —Protestó Gertrude pasándose la lengua

por los labios —¿Te has puesto en contacto con ellos?

—Ajá —afirmó Patricia—. Me parece que después de hablar con el médico, haremos un viaje a Colorado —añadió.

—Y supongo que también querrás pasar por Hansford ¿no?

—Exacto.

—¿Se puede saber qué tramáis? —preguntó Andrea.

—En Hansford viven los padres de Mary. Creo que sería interesante hacerles una visita —explicó Patricia.

—Venga, vamos —apremió Gertrude.

El médico vivía en el primer piso de una casita de dos plantas, igual a las otras que la flanqueaban. Una de ellas era la de Gertrude.

La mujer del buen hombre las obsequió con bollos de canela y chocolate caliente.

—Ha pasado tanto tiempo...—El anciano trataba de hacer memoria—. Se presentaron una noche, de repente, sin avisar. Gente distinguida. Un hombre y dos mujeres, la más joven estaba a punto de parir. Me llamó mucho la atención que antes del parto, la madre firmase un documento de renuncia de su hijo sin decir ni pío. La pobre mujer regaló a su hijo. Literalmente.

—¿A quién se lo dio? —Preguntó Andrea.

—A Vincent y Mary Egaña. Ellos la acompañaban.

—Curioso ¿verdad? —comentó Gertrude.

«Y, además, la madre del bebé ingresa al día siguiente en un convento. ¡Qué vocación tan oportuna!» reflexionó Patricia para sí.

El anciano buscó entre varios papeles de un cajón.

—Esta es una copia del documento de cesión por parte de la madre. En él se basó el juez para autorizar la adopción.

Patricia no se podía creer su buena suerte. Inmediatamente empezó a maquinar cómo conseguir el papel.

—Si pudiera prestármelo, se lo agradecería. Es muy importante para mí, se trata de un tema de familia que viene de hace años. Este documento me ayudaría a aclarar un par de cosas —pidió con dulzura y los ojos empañados Patricia. Cuando quería tenía un gran poder de persuasión.

Salieron a la calle parlotteando entusiasmadas.

—Se me está ocurriendo que quizás sería mejor dividirnos el trabajo, en vez de ir las tres juntas a todas partes — propuso Andrea—. Ahorraríamos tiempo y esfuerzo.

—Vale —. Patricia escribió las direcciones de los lugares a los que debían ir —. Gertrude, irás a Hansford. Allí vive casi toda la familia de Mary, no solo sus ancianos padres. Quiero que hables con ellos. Indaga por qué la casaron contra su voluntad y procura elaborar un perfil de su personalidad. Nos vendría bien todo lo que puedas averiguar sobre ella.

—Cogeré el primer tren de la mañana, así estaré de vuelta para comer.

—Andrea, tú te vas a Colorado con la copia del documento. Al convento donde, posiblemente, esté la madre de Lionel. Ya he concertado una cita con la abadesa. Sigue tu instinto.

—¿Qué vas a hacer tú? —Quiso saber Andrea.

—Voy a cambiar impresiones con Anderson, insigne abogado de la familia Egaña. Y algo más, según creo —dijo en tono mordaz.

—Está bien, en cuanto tengamos la información te llamamos.

—Procurad estar aquí antes de mediodía, he decidido hacer público lo de Lionel mañana por la noche en una fiesta y quisiera tener algo de tiempo para estudiar lo que me traigáis. He de saber a qué atenerme.

Gertrude asintió. Se despidió de ellas desde la acera mientras se alejaban en el coche. Luego se metió rápidamente en casa a preparar algo para comer. Su marido estaba a punto de llegar de la fábrica.

Al día siguiente Andrea se fue temprano. Patricia, sola en su habitación, sin nadie con quién poder hablar, se dedicó a poner en orden sus ideas.

Decidida a aclarar algunas cosas con Anderson se encaminó hacia el garaje. A mitad de camino cambió de idea. Prefería dar una vuelta por la hacienda primero, por lo que marcó el número del abogado y le pidió que fuese a la casa esa tarde a primera hora. Después se dedicó a pasear, absorta en sus cavilaciones.

A medida que avanzaba la primavera, la granja estaba mucho más hermosa. El jardín de la mansión parecía tener vida propia; las plantas y las flores se multiplicaban en un estallido de color y aromas.

Patricia daba largas caminatas matinales desde que estaba allí. Le gustaba disfrutar de los dorados del amanecer, perderse entre los troncos del hayedo o apoyarse en la baranda que circundaba la propiedad para disfrutar de los esplendorosos amaneceres y los lánguidos ocasos.

Esa madrugada el rocío mojaba la hierba. Los zapatos de Patricia estaban húmedos y tenía los pies fríos, sin embargo, estaba disfrutando más

que ningún otro día del paseo. Se preguntaba cómo podría alejarse de aquel lugar tan especial cuando, más tarde o más temprano, tuviera que hacerlo. En tan solo unos días había empezado a apreciar el pueblo y a sus gentes.

Estaba aprendiendo a amar los restos de la vida que su hermano había dejado atrás.

Se desvió hacia las perreras y subió el pequeño desnivel que las separaba de los pesebres. Allí encontró a Lionel. Estaba dentro de una jaula, sentado en el suelo. Tenía entre las manos un cachorrito muy pequeño de no más de cuatro o cinco días. Trataba de alimentarlo dándole leche con una jeringa.

Levantó la cabeza y la miró. A Patricia le sobresaltó ver sus propios ojos en los del chico.

—It she has had puppies (Ella no quiere a los cachorros) —dijo.

En la parte superior de la celda un cartel rezaba: YARA. Patricia se puso de cuclillas frente al muchacho. La escena era enternecedora.

Tenía el ánimo melancólico y le entristeció ver al muchacho tan entregado a esos seres, cuando él había sido abandonado por su propio padre.

Regresó a la casa dando un rodeo en dirección contraria. Sus amigos ya habrían vuelto y querrían compartir con ella lo que sabían.

Entre las tres sopesaron las decisiones tomadas en las últimas horas. Cuando se quedó sola, Patricia cerró los ojos. Intentó olvidarse de todo durante un par de horas, sin conseguirlo.

No probó bocado del sándwich que Donna le había llevado en una bandeja y el café se le había quedado frío sin haberle dado ni un sorbo.

Cerró su portátil y salió del despacho de su hermano a las seis de la tarde. Se encontró con que la casa era un bullicio de gentes que iban y venían; la gran mesa del comedor estaba dispuesta con esmero, como para una importante celebración y los olores de especias y condimentos salían de la cocina llenando el resto de las estancias.

Anderson entraba por la puerta en ese preciso momento. Patricia le indicó que pasara al despacho.

—Y bien —dijo sin más Patricia.

—Me haré cargo de todo, como te he prometido esta mañana —contestó el abogado.

—Estaba equivocada contigo, Anderson. Eres un buen tipo.

—Menos coba, niña. No lo hago por ti —cortó Anderson.

—¿Ni siquiera un poquito? —Patricia utilizó su mejor sonrisa para encandilar al abogado.

—Bueno, un poquito.

«Ahora solo queda esperar que se vayan desarrollando los acontecimientos» se dijo Patricia.

Tener a Bryan Anderson de su parte era tranquilizador.

Algunos de los invitados estaban ya en el salón, esperando a la anfitriona, antes de que dieran las ocho. El capataz tomaba una cerveza junto a la chimenea, charlaba amigablemente con el abogado que estaba sentado en un sofá enorme bebiendo algo de un vaso con hielos. Gertrude y Andrea hacían carantoñas a la mascota de Lionel, un beagle canela y blanco de mirada lánguida.

La entrada de Patricia en la habitación causó un pequeño revuelo. Los hombres se levantaron y saludaron cortésmente y las mujeres se acercaron para abrazarla con afecto. Lionel fue el único que no se alborotó, apenas la miró un instante para decirle que su perro se llamaba Bolo. Ella se limitó a sonreírle.

En un pequeño sillón junto a la ventana una elegante joven miraba a través del cristal hacia el acceso de entrada; parecía esperar la llegada de alguien. Patricia se acercó a la desconocida y habló con ella unos instantes.

Por fin, llegó la hora de la verdad. Respiró hondo y pidió silencio a los presentes.

—Buenas noches, les agradezco que hayan venido. Faltan algunos invitados. Como es natural esperaremos y en cuanto lleguen, pasaremos al comedor —anunció con voz un tanto temblorosa.

Al cabo de un rato acudieron dos nuevos visitantes. Gertrude los presentó al resto como Robert y Marcia Griscom. Un ligero murmullo se elevó en la sala.

—Ya está aquí —murmuró la joven de la ventana, levantándose y yendo hacia la puerta.

En ese momento apareció una anciana de pelo cano. Vestía de forma sencilla, como si no quisiera llamar la atención. Abrazó a la chica y se dejó conducir de su brazo por la estancia, saludando a unos y otros; era agradable y se movía con ademanes suaves. Nadie las conocía. Los presentes se preguntaban quiénes serían aquella chica y la afectuosa señora que la acompañaba.

—Bien. Señores, señoras, creo que ya podemos cenar —anunció Patricia —¿Me acompañan, por favor?

Distribuyó a sus invitados de forma que ninguno se sintiera aislado. Había dispuesto, ex profeso, que no se ocuparan las cabeceras de la mesa. No quería ningún protagonista en esa velada, excepto quien debía serlo; pero todavía no, aún no era el momento.

Resultaba curioso observar cómo todos sus invitados estaban pendientes de cada movimiento de Lionel, que no se preocupaba más que de su perro. El chico tenía un aspecto bastante estafalario. Desentonaba en aquel ambiente lujoso con sus pantalones de campaña cuatro tallas más grandes, una chaqueta de pana que olía a alcanfor y parecía sacada del baúl de su tatarabuelo, las zapatillas llenas de barro y una gorra de béisbol adornada con tuercas.

El deseo de protección que Patricia había empezado a sentir por él se convirtió en ese momento en auténtica ternura y afecto. Se prometió a sí misma que si tenía un hijo nunca lo abandonaría, por nada del mundo.

En los postres, Patricia se levantó, carraspeó y pidió silencio.

—Buenas noches, les agradezco de nuevo que estén esta noche aquí, especialmente a los que han tenido que venir desde lejos — miró al matrimonio Griscom y luego a las dos mujeres —. Les he reunido por dos razones. Una: tengo en mi poder información debidamente probada y documentada de que el seis de febrero de 1.984, aquí en Fremont, una mujer dio a luz un niño que le fue arrebatado nada más nacer. Los ladrones; sí ladrones, no se les puede dar otro nombre, no solo le quitaron el hijo, sino que la privaron de libertad. La encerraron contra su voluntad en un convento y allí la abandonaron. Nunca más volvieron a preocuparse de su bienestar.

“Afortunadamente la mujer era fuerte y sobrevivió a la pena. Abandonó el noviciado y tras años de penurias, a pesar de no tener ninguna clase de recursos, a base de fuerza de voluntad y duro trabajo, salió adelante. Encontró el amor, se casó y tuvo una hija. Pero jamás se olvidó de su otro hijo, su primogénito.”

Hizo una pausa.

—Nos ha costado dar con ella, pero aquí está. Les presento a Camila Saldania y su hija Blair Gordon. Ambas están aquí para conocer a Lionel. He llegado a un acuerdo con ellas para que vivan en la hacienda junto a él, ocupando sus respectivos puestos de madre y hermana. Yo me haré cargo de la

tutela económica de Lionel con la colaboración del gestor de los bienes de los Egaña, Bryan Anderson —señaló al abogado — hasta que su madre esté en condiciones de asumir el mando.

“En cuanto a los Griscom, están dispuestos a enmendar el daño causado por su hija y pedirán perdón a los afectados. Lo harán en su momento de la manera que ellos decidan, siempre y cuando las víctimas queden satisfechas. Ahora Bryan, es tu turno.”

El abogado esbozó una leve sonrisa.

—Está bien, a tu manera —dijo como para sí. Luego se dirigió a los demás —. Todos nosotros estamos aquí por una razón específica.

A medida que hablaba iba entregando un sobre cerrado a cada uno.

—Lo que contienen los sobres que les estoy dando es un contrato privado y personalizado, en sus manos está aceptarlo o no. Léanlo detenidamente, tienen diez días para pensarlo y entregármelo firmado. En mi caso particular, se me ofrece cofinanciar un proyecto para transformar los viejos pesebres en perreras y hacer de la granja un hogar de acogida para perros. He decidido aceptar. Compaginaré la gerencia de la empresa y mis funciones como asesor legal de la familia, por supuesto.

Tenía un último sobre en la mano. Se acercó a Patricia.

—Este es para ti, jefa. Te recomiendo que lo abras más tarde. A solas.

Patricia miró al abogado sin comprender, ese último sobre no estaba en el guion. Él se encogió de hombros sonriendo.

—Soy tu cómplice, vuelve a casa y descansa —le dijo al oído.

Le dolía marcharse. Solo que echaba tanto de menos su organizada y aburrida vida.



Al día siguiente, sentada en el avión con Andrea a su lado, se dio cuenta de que todavía tenía en el bolso el sobre de Bryan sin abrir. Ese era un buen momento para hacerlo, tan bueno como cualquier otro.

La carta estaba fechada el cinco de mayo, dos días antes de la muerte de Vicente. La leyó con mucha atención.

Querida hermana:

Si estás leyendo esta carta significa que me he ido y que tú has

llegado hasta el final. No he dudado ni por un momento que lo conseguirías. Bryan es el escéptico. Pero es porque no te conoce, estoy seguro de que cambiará de opinión con el tiempo.

Recuerdo que cuando éramos pequeños trezábamos juncos a la orilla del río; eran barcos que navegaban corriente abajo, con nuestros sueños al timón. Tú reías mis gracias y te enfadabas con mis diabluras. Yo cuidaba de ti, te protegía de los dragones imaginarios que compartíamos y de los peligros reales que acechaban en cada esquina. Eran horas felices y nosotros, seres sin malicia, hacíamos carreras con el tiempo a ver quién corría más.

Ya ves, al final yo he sido el más rápido, he ganado con un brillante sprint.

¡Te he echado de menos tantas veces! Habría deseado compartir contigo algo más que una infancia, porque somos hermanos incluso a nuestro pesar. Ya no tiene remedio.

En todos estos años yo no he hecho nada por ti y, sin embargo, voy a pedirte que tú si hagas algo por mí: quiere a mi hijo todo lo que yo no supe quererle. Vigila que sus sueños piloten una nave que llegue a buen puerto.

Hermanita, te lo dejo todo: La granja, los perros, las acciones, las cuentas corrientes, las divisas, los edificios de apartamentos. Todo. Bryan te dará cumplida cuenta de mis posesiones, que ahora pasan a ser tuyas.

He guardado para mi hijo Lionel mi máspreciado tesoro, el mayor bien que podía dejarle: Tú.

Tú eres su herencia.

Vicente.

Amor adictivo

BERTA

SON EXACTAMENTE LAS NUEVE de la mañana. He mirado el reloj tres veces en los últimos cinco minutos. El tiempo pasa muy despacio cuando estás en la cama de un hospital, sobre todo si no recuerdas cómo has llegado allí.

El caso es que me acuerdo de cosas de hace tiempo: de aquel día de agosto que apretaba el calor y fuimos con nuestros tíos a la playa, Eugenio y yo hicimos un castillo de arena, y Fidel se enfadó con nosotros porque decía que no queríamos jugar con él. Me acuerdo del olor de los eucaliptos cuando, el día de mi comunión, me escapé corriendo entre los fresnos del bosque cercano a nuestra casa.

Ese día me dejé un trozo de vestido enganchado a unas zarzas. Volví llorando a casa. Mis primos y mis hermanos se burlaron de mí porque iba enseñando las braguitas de perlé, me hicieron pedorretas y se pasaron mucho rato canturreándome “llorona, llorona...” Hasta que corrí a refugiarme en los brazos de mi madre, y entonces me dejaron en paz. Me acuerdo de los paseos domingueros que dábamos mis hermanos y yo al salir de misa, Eugenio a mi izquierda y Fidel a mi derecha, y yo en medio, agarrada a sus brazos. Para entonces, ama ya había muerto.

Puedo recordar hasta la fiesta de mi tercer cumpleaños con pelos y señales. Pero no recuerdo qué pasó ayer. La doctora dice que estoy en estado de shock y que cuando se me pase, volveré a recobrar la memoria. ¡Ojalá!

Del día del accidente recuerdo haber sentido mucho, mucho dolor y que las cosas daban vueltas a mi alrededor y todo se volvía negro. Luego nada. Hasta que me desperté en la recepción de urgencias del Hospital de Santiago. Mi hermano Fidel me llevaba en brazos. Después volví a perder el conocimiento.

El personal de urgencias se asustó, y corrieron a atenderme porque me vieron hecha una piltrafa. Tenía tres dedos de la mano derecha rotos, la boca hinchada, los labios partidos, me faltaban dos dientes y sangraba mucho por la nariz. Pero Fidel tampoco estaba bien. La cara se le había puesto tan pálida que parecía un muerto. Yo le miraba y le veía los ojos húmedos, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Las enfermeras tuvieron que darle un

calmante. Pobrecito. Me adora. Y verme así ha tenido que ser terrible para él.

Está muy triste desde que enterramos a Eugenio, casi no habla y cuando lo hace es para protestar y quejarse. Cualquier pequeñez le pone en el disparadero, se enfada con mucha facilidad y su mal carácter se avinagra cada día más. Eugenio, que era un bonachón, frenaba bastante su mal genio.

Yo procuro no hacerle enojar, aunque no es fácil con el talante que se gasta. Bien es cierto que muchas veces tiene razón cuando se cabrea conmigo, porque soy una manazas y una torpe, y se me caen las cosas, y las rompo. Por eso me grita. Pero a pesar de todo yo sé que me quiere. Luego, al cabo de un rato, se tranquiliza. Se arrepiente de su comportamiento y me abraza, y me dice cosas bonitas, y me pide perdón, y al día siguiente me lleva al mercado de Vitoria y me compra algún regalo.

Esos momentos son los mejores y yo procuro aprovecharlos. Me gusta ir de su brazo por el casco antiguo Vitoriano y observarle de reojo. Algunas mujeres le echan miradas de arriba abajo y más de una le sonrío con coquetería. No me extraña, Fidel es un hombre guapo. Tiene una planta que ya, ya... Alto, moreno, el pelo negro con unas cuantas canas por las sienes, y unos ojos del color de la miel que quitan el sueño.

FIDEL

Son ya las nueve de la mañana. Qué rápido pasa el tiempo cuando no quieres que pase. No me atrevo a entrar a visitar a Berta, me he portado muy mal con ella y lo más seguro es que me odie. Tiene que odiarme a la fuerza después de lo que le he hecho; yo no quiero que me odie porque si me odia se marchará y no sabría qué hacer sin ella.

Me gusta mucho Berta, tiene una cara muy bonita. Y yo voy, y se la dejo hecha un cromo. Menos mal que el de urgencias era un artista, le ha puesto los puntos muy juntitos para que no se le note mucho la cicatriz de debajo del ojo. Sus ojos son tan especiales... esa mirada que tiene de cierva asustada me trae loco. Y la boca también me gusta, sus morros piden a gritos unos buenos muerdos. Es una pena que se le saltaran dos dientes con la *leche* que le metí.

Esta vez me he pasado. Pero es que me pone enfermo, no hace más que meter la pata. Habla cuando más molesta, solo para decir idioteces; siempre está en medio, estorbando... Aunque también es cierto que es muy cariñosa. A

veces, hasta demasiado cariñosa con quien no debe. ¡Pero si es descarao como le hace ojitos al carnicero! Y al cartero. Y al panadero no, porque es tía, que, si no, también. ¡Dios! ¿No pensará que les importa un carajo a esos tíos? Es que me enciende verla hacer el bobo de esa manera. Como me entere de que vuelve a tontear por ahí, la mato, juro por la tumba de mi madre que la mato.

No, de verdad, se acabó. No va a volver a tomarme el pelo. A partir de ahora, no la dejo ir sola a ningún lao. Ni a las compras siquiera. Habrá que ver si estando yo delante se atreve el desgraciao de Ricardo a despacharle las chuletillas y los filetes a mi hermana entre sonrisitas y guiños.

¡Qué no, hombre, qué no! Que yo no tengo por qué aguantar toda esa mierda. Que nadie se ríe de mí a la jeta. Encima, en el pueblo se dirán cosas raras: “que si la Berta esto, que si la Berta lo otro, que si la Berta se nos casa cualquier día de éstos, que si el Fidel se va a quedar más solo que la una, que si el idiota no se entera, que está ciego; que bien, vale, pero tendrá que darse cuenta de que su hermana no va a vivir con él para siempre...” ¡Pues sí, coño! Va a vivir conmigo siempre, porque lo digo yo. Y punto.

¡Uf! A este paso va a dar la hora de comer y yo, aquí plantado sin saber qué hacer. Es que... me va a dar una penita verla... En fin, cuanto antes pase el mal trago mejor. Lo que tengo que hacer es estar firme; suave, pero firme, que no se me vea acojona. Delante de la parienta nada de debilidad, o estás perdido.

BERTA Y FIDEL

El taxi enfiló la pendiente de acceso a la casa. El taxista, por indicación de Fidel, se detuvo al borde del camino, a unos cien metros de la vivienda; cobró el importe de la carrera, dio media vuelta haciendo varias maniobras en el estrecho camino y se fue por donde había venido, dejando a la pareja sola en la calle desierta.

El caserío de los Mendiola se hallaba situado en la parte alta del pueblo. Era una casa de labranza, herencia familiar de la rama materna. Delante de la borda, en una pequeña explanada inclinada, una fuente de un solo caño surtía de agua a la vecindad. Berta y Fidel la rodearon para entrar en la finca.

Varios perros ladraron a lo lejos y, más cerca, algunos gimotearon. No se veía a nadie, pero ellos sabían que había ojos escrutadores detrás de cada

cortina.

—La Lula y el Pol te han echao de menos —comentó Fidel.

—¿Y tú? ¿Me has echado de menos? —preguntó tímidamente Berta en un susurro, sin atreverse a mirar a su hermano.

Él no contestó. Rodeó la cintura de su hermana con el brazo, en un gesto afectuoso y protector. Una escena para los espectadores ocultos.

Al sentir el robusto brazo alrededor de su talle ella se estremeció. Fidel la atrajo hacia sí, apretando el costado del cuerpo de su hermana contra el suyo. Un profundo suspiro salió de la garganta de Berta, la mirada se le nubló de lágrimas y, por primera vez en mucho tiempo, una esperanza auténtica y verdadera se hizo un pequeño hueco en su conciencia.

La otra esperanza, la de mentirijillas, la que tapaba la realidad, la que nunca se pierde, hizo mutis ante el anhelo que ahora aceleraba su corazón.

De lejos, tal como iban cogidos de la cintura, podían parecer una inocente pareja de novios o un joven matrimonio que regresa al hogar.

Berta caminó hasta la casa entre el alborozo de Lula y Pol, los perros guardianes de la propiedad, que la recibieron moviendo el rabo y lamiéndole las manos, buscando continuamente sus caricias. Observó que Fidel se mostraba complacido ante la escena, aunque un poco distante, y le sonrió. Él hizo un amago de sonrisa mientras abría la puerta.

Todo estaba más o menos limpio y bastante ordenado.

Berta se sintió cohibida en su propia casa. No sabía muy bien cómo actuar, el miedo a la reacción que sus movimientos podían provocar en Fidel seguía latente bajo la creciente ilusión de una rutina nueva. Permaneció quieta en mitad de la estancia, mirando alrededor con un movimiento imperceptible de cabeza. Él se acercó por detrás, la abrazó, le dio un leve beso en el cuello y le habló en voz baja al oído.

—Todo va a ser distinto ahora, Berta, te lo prometo.

Le retiró el pelo de la nuca, aspiró el olor de su piel; ella entrelazó sus dedos con los de él. Una lágrima resbaló por su mejilla. Por fin todo empezaba a ser diferente.

—Venga, prepara algo de comer. Estoy hambriento —exigió suavemente Fidel, rompiendo el encanto del momento.

Berta hizo un mohín de fastidio, pero no discutió la orden.

—¿Por qué no has llevado el coche para recogerme? —preguntó de pronto, sin volverse a mirar a su hermano.

—Está en el taller.

—¿Y la furgoneta?

—Si vas a empezar a hacer preguntas tontas nada más llegar, mejor te callas —zanjó Fidel con un tono un poco seco, pero medio sonriendo.

Se quedaron en silencio mientras ella se afanaba en la cocina, cada uno metido en sus pensamientos. Durante bastante rato solo se oyó el ruido de las sartenes y las pisadas de Berta, que ni se había molestado en cambiarse de calzado ni tampoco se había puesto su mandil, el que siempre usaba para cocinar. Cuando se dio cuenta de que no lo llevaba, se lo puso sobre la ropa con movimientos torpes. Solamente tenía útil la mano izquierda. Le habían hecho un vendaje muy apretado en la mano derecha para sujetar el entablillado de los tres dedos rotos, que le dolían un poco a pesar de los calmantes.

Fidel, sentado a la mesa, observaba el trajín de su hermana como en un segundo plano. En realidad, sus pensamientos fluían anárquicos yendo de aquí para allá entre los recuerdos de su niñez. Los días felices en su infancia se podían contar con los dedos de una mano.

Como hijo mayor había cargado desde crío con toda la responsabilidad que sus padres nunca exigieron a los pequeños. Berta había sido la favorita de la madre y Eugenio el del padre. Para él reservaron sus progenitores los reproches, el trato áspero, los trabajos más duros y la sinrazón de los cintazos cuando el padre regresaba borracho de la calle. Si no hubiera sido por Berta, se habría marchado de esa casa hacía mucho.

La miró de nuevo. A sus casi cuarenta años, seguía conservando el talle esbelto de la adolescencia, medía poco más de metro y medio y de espaldas parecía una jovencita.

La sentía enteramente suya. O casi. Una parte de Berta siempre pertenecería a Eugenio a pesar de estar muerto. Una sacudida de celos le subió por las rodillas, le estrujó la entrepierna y le llegó al pecho. El pulso se le aceleró. Contuvo la rabia que le empezaba a latir en las sienes apretando los puños con fuerza.

Un golpe seco sacó a Fidel de sus reflexiones. Se oyó el ruido de un cacharro de loza hacerse añicos. Berta gritó. Un chillido desgarrador salió de su garganta. Fidel la miró desde su asiento sin mover ni un músculo ni dejar traslucir emoción alguna; sus ojos marrones eran puro hielo.

Berta contempló la albahaca esparcida por el suelo y los trozos de loza estrellados. Los pedazos más grandes oscilaron como secantes sobre las

baldosas produciendo ruiditos rítmicos, como de redoble de tambor. Una súbita certeza la paralizó. Esa escena ya la había vivido antes, apenas hacía una semana.

El día de su “accidente” se le había caído una taza exactamente igual que en ese momento se le acababa de caer el tarro especiero, y también se había roto provocando el mismo ruido. El agonizante tamborileo tendió un puente hacia su memoria, hacia todo lo que había pasado después de la taza rota. Aquello que se había negado a aceptar como real, olvidándolo.

Se restregó la cara con la mano buena en un gesto nervioso, luego se acarició con la yema de los dedos las zonas aún hinchadas sintiendo vívidamente las bofetadas recibidas; rozó los puntos de la cicatriz en la comisura del ojo izquierdo, justo donde su hermano había descargado el primer puñetazo.

Se quedó paralizada ante la magnitud de lo que significaban sus recuperados recuerdos. Solamente su mano izquierda seguía en movimiento, serpenteaba por su rostro con vida propia bajando por el pómulo hasta la boca. Y allí se quedó, recuperando para Berta con su tacto el sabor de la sangre en la lengua, el dolor de las encías donde habían saltado los dos dientes con el impacto del segundo puñetazo.

Respiraba entrecortadamente. Se le escaparon gotitas de saliva entre los labios temblorosos, un hilillo le resbaló hasta la barbilla; su mano izquierda, dotada de voluntad propia, sujetó en alto su mano derecha, la que había recibido el tremendo pisotón cuando ya estaba tirada en el suelo. En esa postura recorrió, arrastrando los pies, la media docena de pasos que le separaban de su hermano. Y allí se quedó, delante de su maltratador, con un mudo interrogante en su expresión abatida.

Fidel no había movido ni una pestaña, pero el hielo de su mirada empezaba a derretirse. Berta se arrodilló frente a él, apoyó las manos en sus rodillas. Fidel abrió las piernas para que ella pudiera arrimarse y la ayudó a reposar la cabeza en su muslo. Berta temblaba. El aire le quemaba los pulmones al respirar y su propia saliva le sabía a hiel. Levantó los ojos hacia él, sus miradas se encontraron. Fidel lloraba. Un reguero de lágrimas mojaba sus mejillas. Berta no pudo evitar sentir una profunda ternura.

Los dedos de Fidel peinaban la melena de su hermana. Un sentimiento contradictorio se estaba instalando en su corazón: la amaba y la odiaba con la misma intensidad. Berta pareció adivinar en la actitud de Fidel la misma

ambivalencia en la que ella se debatía.

«¡Qué bueno es cuando no me hace daño!» se dijo, mirándolo arrobada. Él cerró los dedos apretando y tirando hacia atrás de los mechones de la melena castaña de ella, la levantó del suelo con la cara hacia arriba. Buscó sus labios y la besó, suavemente al principio; poco a poco presionó su boca con más fuerza contra la boca de ella.

Berta gimió de dolor, pero él no aflojó su presa; al contrario, le rozó la lengua con los dientes y mordió el labio inferior, cerca de los puntos. Ella quiso protestar, pero no tenía fuerzas. Y al cabo de unos momentos ya no quiso protestar.

Se dejó llevar medio arrastras hasta la habitación de los padres, la que usaban para estar juntos. Deseaba estar con Fidel con la misma intensidad que lo temía. Necesitaba su amor para vivir como necesitaba el oxígeno, aún a sabiendas de que resultaría tan letal como respirar anhídrido carbónico. El amor que sentía era adictivo como una droga.

Fidel la penetró con violencia. El dolor y el placer se confundieron en su vientre.

En las casas vecinas, las cortinas ya no escondían a nadie. Hacía rato que los fisgones habían perdido el interés por lo que sucedía en el caserío de los Mendiola.

Coma irreversible

NO PODÍA DEJAR DE PENSAR que todo había acabado. Tenía sentimientos encontrados hacia él, le odiaba por haberla abandonado y le amaba porque sí, porque para amar no hacen falta razones.

Redujo a cuarta, luego a tercera y entró en la rotonda. Enfiló la recta y aceleró. De nuevo cuarta, después quinta a ciento diez, ciento veinte por hora. Pero ¿qué había hecho ella mal? ¿En qué se había equivocado? se preguntaba. Mientras, la otra parte de su cerebro, la que estaba conduciendo, intentó advertirle de algo, pero ella hizo caso omiso. Conocía la carretera al dedillo. Dos viajes diarios durante seis años para ir al trabajo y volver, es tiempo más que suficiente para saber dónde está cada cambio de rasante, cada curva, cada bache.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas al recordar el día que él se marchó, el momento en que le rompió el corazón al decirle que ya no la quería. La curva le pilló por sorpresa. ¿O es que ella iba demasiado rápido? El caso es que esa maldita curva no estaba donde debía. Frenó. Las ruedas chirriaron. “¡No quiero perderte!” Gritó sin despegar los labios, proyectando su frustrado lamento hacia dentro de sí misma. Pisó el freno un segundo demasiado tarde. La rueda trasera se metió en el arcén, el coche hizo un medio giro extraño, pareció enderezarse, pero en el último momento se despegó del asfalto y dio una vuelta de campana.

Podía sentir aún el sabor de sus labios en la boca, el tacto de sus dedos en la piel, la amargura de su adiós en el alma. Una milésima de segundo antes de volar boca abajo pensó: «¡Ya está! ¡Por fin lo has conseguido! Esta vez la has cagado.» Sollozó sin control mientras viajaba a más de cinco metros del suelo, sujeta por el cinturón de seguridad al asiento de su Peugeot.

En la segunda voltereta se golpeó contra el volante, abriéndose una brecha en la frente que empezó a sangrar profusamente. Para cuando el vehículo paró, después de ejecutar otra pirueta y dar varios botes, estaba inconsciente. Y en coma. Irreversible.

Kaddour Ahassaini

DESPUÉS DE TRES DÍAS SIN COMER, sin apenas beber, respirando un aire viciado, congelado de frío y medio sordo, Kaddour decidió que ya no podía más y se apeó del camión que le había transportado como una mercancía durante casi tres mil kilómetros.

Miró con cautela a izquierda y derecha antes de echar a correr por entre las decenas de tráileres aparcados en el área de servicio, se dirigió hacia la esquina del edificio, un hostel de carretera de esos que tienen restaurante en la planta baja y gasolinera al lado.

Estaba convencido de que no le había visto nadie, por eso la voz que oyó, amortiguada por el zumbido que le había quedado del ruido del motor, le aterró de tal manera que frenó en seco la carrera y se quedó inmóvil como una estatua, moviendo solamente un poco los ojos para mirar por el rabillo a ver quién se le acercaba por detrás.

Delante de él se plantó el dueño de la voz que le había dado el alto, un espécimen de hombre enorme, de anchos hombros y barriga incipiente; iba vestido con algún tipo de uniforme de policía del país; lo mismo podía ser uno de inmigración que te suben sin miramientos a un avión de regreso a la miseria después de darte una paliza.

No lo sabía, desde luego, pero había escuchado infinidad de historias de chavales como él que volvían con lo puesto y relataban las horas de detención, los insultos y hasta los cachetes, algunos decían que verdaderas tundas. Por eso, su primer impulso fue darse la vuelta y correr en dirección contraria, pero el tono amable que usó el hombre uniformado le retuvo.

No entendió ni una palabra. Quiso contestarle, pero de su boca no salió ningún sonido. El poli, o lo que fuera, le cogió de la muñeca para girarlo hacia la luz de una farola y poder verle mejor la cara; no pudo evitar que se le escapara un quejido.

El hombre le había levantado el brazo y se lo observaba, palpándole la muñeca y la mano que estaban visiblemente hinchadas. Le guio por los hombros hasta un coche patrulla.

Le invitó a acomodarse en el asiento trasero mientras él llamaba a una ambulancia. No le quitó el ojo de encima mientras intentaba contactar por radio con el servicio médico de urgencia, al tercer intento le vio colgar el

micro y notó como se le tensaban los músculos debajo de la camisa; alguien se les acercaba, el poli se puso en guardia y se llevó la mano a la empuñadura de la porra eléctrica que portaba en el cinto. Pero no la usó.

Desde donde estaba pudo observar cómo le cambiaba la expresión y sonreía. Saludó a una mujer y habló un rato con ella, supuso que se conocían por el tono de sus voces.

Le dolía mucho el brazo, sobre todo la muñeca, pero la molestia subía hasta el codo, apenas podía moverlo por la hinchazón, hubiera querido decírselo a ambos, pero no sabía cómo y estaba tan cansado que los ojos se le cerraron. Cuando los abrió, la mujer le miraba desde el otro lado de la ventanilla. Iba fumando un cigarrillo y sonreía. Se volvió hacia el policía y le preguntó algo en esa jerga que él no entendía. Lo único que pudo sacar en claro fue el nombre que ella usó en su conversación. «Así que el poli se llama Rober» pensó.

La mujer suspiró profundamente, sus pupilas azules parecían tristes a pesar de su sonrisa. Se señaló a sí misma y le dijo “Gemma”. Luego le señaló a él y esperó.

No sabía por qué, pero le parecía una *gulili*, mujeres guerreras del desierto que él nunca había visto y que solo conocía por las historias oídas al atardecer, después de la *Asr*, la oración de la tarde, dentro de una de las *jaimas*, las precarias viviendas de su pueblo.

Kaddour, dijo él al fin, tímidamente, tocándose el pecho con la punta de los dedos.

La mirada de ella se iluminó y le sonrió directa y ampliamente. Abrió la portezuela del coche y se sentó a su lado hasta que llegó la ambulancia. Luego le dijo adiós con la mano mientras lo llevaban en una camilla, lo metían en el vehículo y cerraban las puertas.

Ya no volvería a verla más.

De pronto Kaddour se sintió terriblemente solo, mucho más solo de lo que había estado los tres días de viaje en los bajos del camión.

Se dejó hacer las curas sin un quejido, a pesar de que le dolió cuando le lavaron y desinfectaron las heridas de las manos y le enyesaron la muñeca fracturada. Luego le dieron unas pastillas y al poco rato se quedó dormido.

Despertó desorientado en la cama del hospital. El aroma era extraño y olfateó el aire buscando de dónde provenía, pero era él el que olía a flor de jazmín. Las enfermeras se esforzaban en hacerse entender, sin conseguirlo.

Los siguientes días los vivió en una especie de continuo letargo, se despertaba unos minutos para volver a dormirse. Comía con apetito las cuatro comidas que le servían al día y, mientras masticaba, recordaba con tristeza y una pizca de nostalgia que en su casa muchos días ni había para comer.

Pese a todo, no podía evitar el hormigueo en la boca del estómago, un temor sordo y pertinaz que le advertía que esa nueva situación tan aparentemente buena, no duraría mucho.

Sus temores se materializaron seis días después de su ingreso.

Recibió la visita de una mujer de los servicios de atención al menor inmigrante, que le comunicó que en cuanto los médicos le dieran el alta, tendría que volver a su país o ingresar en un centro de acogida. Todo esto lo entendió gracias al joven acompañante de la mujer, que tradujo tanto sus palabras, como las del propio Kaddour. Aunque él apenas habló, no tenía gran cosa que decir, así que mejor estar callado.

«¡Qué sueño tan corto!» se dijo.

Pensar en lo que le esperaba le produjo un fuerte temblor de todo el cuerpo. Se repetirían las frías noches sobre el asfalto inhalando disolvente para procurarse algo de calor. Casi notaba la sensación del barro metiéndose entre los dedos de sus pies.

Miedo. Miedo de pensar que en cualquier momento podían atraparlos los traficantes, esos tipos perversos sin sentimientos ni compasión que te venden por cinco mil dirhams.

Regresar sin haber llegado.

No quería volver. No podía volver.

Si otros lo habían conseguido, ¿por qué no él?

Diez días más tarde, él junto a cuatro chicos más, fueron escoltados por dos agentes hasta el avión que los llevaría de vuelta al infierno.

Un viaje de retorno a las calles, al dolor, al miedo, al abandono...

Le entraron unas terribles ganas de llorar y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para que no se le escapara el llanto.

Kaddour no dejó de pensar durante todo el viaje en la *gulili* rubia que le había acompañado en su soledad el primer día de su llegada.

Cuando el avión aterrizó, aún seguía pensando en ella. La próxima vez la buscaría y le daría las gracias por su sonrisa.

Se lo prometió a sí mismo cruzando los dedos en un juramento íntimo.

Defensa propia

SE SENTÍA PODEROSO, UN DIOS. La tenía donde quería tenerla, inmersa en el terror.

Pensaba paladear ese momento, alargarlo lo más posible, disfrutarlo como se merecía. Porque se lo había merecido. Su trabajo le había costado hacerle ver a esa puta quién mandaba, y ahora que la tenía encadenada al miedo constante, sin concesiones, asestaría el golpe maestro.

Conocía al dedillo cada uno de sus movimientos, así que sabía que en poco menos de diez minutos saldría por la puerta. Entonces rodearía su cuello con el sisal que llevaba preparado y la metería por la fuerza en casa. Allí podría trabajársela cómodamente, sin prisas.

Notó la tirantez del pantalón en la entrepierna. ¡Maldita sea, ahora no! Trató de pensar en otra cosa, no le convenía empalmarse antes de tiempo. Se recostó contra la pared en la oscuridad del descansillo, su brazo desnudo rozando la jamba. Sintió un escalofrío de placer. Ya faltaba poco.

Oyó el tintinear de unas llaves y luego la puerta se entre abrió dejando salir un haz de luz del interior del piso. Dio dos tirones a la sogá para asegurarse de que no se le desenrollaría de las manos y se dispuso a actuar.

La luz del descansillo se encendió.

«Pero ¿qué...?»

No pudo seguir pensando. El brillo acerado de los ojos que miraban los suyos le confundió. Tampoco tuvo tiempo de reaccionar a la descarga. Le dolió, pero no le hizo perder del todo el conocimiento, por lo que podía notarlo todo a su alrededor.

Se sintió arrastrado de los pies. Su cabeza rebotó contra el suelo antes de acabar sobre una mullida alfombra. Alguien le dio la vuelta de modo que su cara quedó contra la tarima. Una presa imposible lo inmovilizó cuando estaba a punto de recobrar el movimiento de su cuerpo. Intentó zafarse sin resultado. Cuanto más se movía, más le dolía el brazo, que tenía retorcido hacia atrás, y el cuello, que aguantaba la presión de algo firme y duro, una rodilla seguramente.

No. No era posible. Ella era incapaz de hacer aquello. Entonces se dio cuenta de que eran dos personas las que lo sujetaban.

Todo estaba sucediendo al revés.

No hubo golpes, ni insultos, ni tan siquiera un pequeño reproche.

—Si se mueve, lo fríes —dijo una voz, de sobra conocida.

Era ella, la maldita puta que le había hechizado y luego abandonado. Como si a él se le pudiera abandonar sin más, sin consecuencias.

—Con gusto —respondió otra voz femenina con acento argentino.

El odio subió como bilis por su garganta.

Enseguida, sin embargo, se olvidó de sus deseos de venganza. Notó que le metían un trapo en la boca. Apenas podía respirar. Tuvo náuseas.

—Esta es la última vez que haces daño a una mujer —le dijo al oído la voz argentina en un tono duro como la piedra.

Entonces experimentó un fuerte tirón en los brazos y de pronto se encontró de pie. Inmediatamente le dieron la vuelta. Estaba frente a sus agresoras, la cara de su ex muy cerca de la suya. Cerró el puño con la intención de darle un buen puñetazo, pero no pudo. Un golpe seco en la sien le produjo un dolor que le traspasó el cerebro. Y ya no sintió más. Se desplomó como un saco.

Al recuperar el conocimiento, sintió un vahído y una insoportable presión en la nuca. Estaba dentro de una ambulancia con un agente a cada lado de la camilla. «¿Qué hostias pasa?» intentó decir. Pero de su boca no salió palabra alguna.

—Traumatismo cerebral con parálisis —dijo alguien.

«Esta es la última vez que haces daño a una mujer.» Oía una y otra vez, sin parar, en una repetición de gramola desvencijada.

Se estaba volviendo loco. La voz se negaba a salir de su cabeza.

—¡Déjame en paz! —Gritó.

Nadie le oyó. El grito solo se había producido en su mente.

Hugo se va a Nueva York

MIRÓ UNA VEZ MÁS EL RELOJ, no podía creer que llevase casi catorce horas sentado sin hacer otra cosa que esperar y dormitar a ratos; fuera, la tormenta de nieve continuaba sin parar reteniéndoles dentro del avión como rehenes del aburrimiento. Ya no tenía sueño, intentó leer un rato, pero le distrajo la voz del piloto anunciando a través de los altavoces que esa noche ya no volarían. Aun así, tuvo que pasar más de una hora para que se les permitiera bajar a una terminal atestada de gente en la que no había más opción que hacer cola durante horas frente a los mostradores si se quería conseguir algo, un nuevo billete, una habitación de hotel o un simple botellín de agua.

—Hugo Pineda —leyó la señorita del mostrador en su pasaporte. Acto seguido lo cerró y se lo tendió —. Aquí tiene su billete, señor. Que tenga un feliz vuelo.

La joven estiró sus rechonchos mofletes en una sonrisa de anuncio publicitario.

—Menos guasita —contestó él mientras se daba la vuelta.

Estaba ensimismado en sus pensamientos y chocó con un joven que caminaba acelerado hacia el mostrador, el brusco encontronazo provocó que a ambos se les cayeran las maletas de mano. Hugo dio un respingo.

—Perdón —se excusó el joven.

Hablaba con acento americano bastante cerrado arrastrando las erres; durante un momento se sintieron azorados, hasta que el joven se presentó.

—Fred Hayman.

—Lo siento, iba distraído. Hugo Pineda.

Se estrecharon las manos. Fred parecía simpático y Hugo se dejó llevar por la euforia de poder charlar con alguien en inglés, tenía muy pocas oportunidades de practicarlo con nativos. A Fred le entusiasmó poder hablar en su propio idioma. En poco tiempo se contaron lo suficiente para no ser unos absolutos desconocidos.

—Así que Eres de Bilbao y vas a Nueva York con una beca, ¿eh? Tiene gracia, Yo soy de Nueva York y he estado en Bilbao, también con una beca.

Fred sonreía con cara de chico malo.

—¿No será de arquitectura? —Preguntó Hugo, sorprendido.

—No, que va. La mía es de arte, he estado en el Guggemhein bilbaíno, estoy investigando para mi tesis de grado, tal vez la haga sobre el museo. La titularé “Visión, Creación y Recreación. Pensamiento de Luz sobre planchas de Titanio.” O algo por el estilo.

—Creo que deberíamos descansar un rato, podemos sentarnos en uno de esos maravillosos sillones de diseño. Incomodísimos, por cierto —propuso Hugo señalando la zona de espera de la Terminal.

—Si, vale. Vamos a dislocarnos la espalda.

Ambos rieron.

A Hugo se le hizo más corta la espera en compañía de su nuevo amigo, las horas de avión fueron también mucho más amenas; para cuando quiso darse cuenta ya estaban aterrizando en el aeropuerto JFK.

—¿Tienes reservado algún hotel? —preguntó de pronto Fred.

—En realidad voy a vivir en la buhardilla de un amigo, me deja una litera mientras esté aquí. Verás, tengo dinero, pero no quiero gastarlo, el ahorro es una cualidad en mi familia —explicó Hugo.

—Yo voy a casa de mi tío cuando vengo a Nueva York, tiene un apartamentito en la parte norte de Manhattan. Oye, ¿por qué no te vienes conmigo? —Al ver que su amigo estaba indeciso, insistió —Venga hombre, no te lo pienses tanto; la verdad es que mi tío es un poco serio, pero mi prima es encantadora cuando no está delante su marido, que por cierto es lerdo. Además, hay sitio de sobra y si no, ya nos arreglaremos, podemos compartir habitación si te parece.

—Ahí está mi coche —añadió.

A unos cuantos metros frente a ellos estaba aparcado un Buick Lucerne azul. Fred abrió el maletero y guardó su equipaje, luego cogió la bolsa de viaje de Hugo y la metió también.

—Es un préstamo de mi tío, este no es el coche de mi vida como podrás suponer.

«No es justo, este chaval tiene un cochazo y no está conforme, en cambio yo me siento afortunado con mi Ibiza de dieciséis años» pensó Hugo. Sentado junto a Fred, observó su increíble soltura conduciendo por las calles neoyorkinas. Sorteaba a gran velocidad al resto de los coches y pronto llegaron a Upper East Side.

—Esta zona es conocida también como la milla de los museos porque alberga muchos de los organismos culturales de la ciudad. Aquí tenemos

nuestro Guggenheim Museum, mucho más viejo que el vuestro sí, pero también interesante, no te creas. No te preocupes, ya iremos a verlos todos, mientras estés aquí no permitiré que descanses ni un minuto, voy a hacer que ames Nueva York.

—Ya lo amo, Fred, te lo aseguro.

El apartamentito era un piso de ciento sesenta y tres metros cuadrados, un mini jardín privado, tres terrazas desde donde se disfrutaba de unas impresionantes vistas de la ciudad y un gimnasio equipado con toda suerte de accesorios y máquinas de alta tecnología para multitud de ejercicios. En uno de los ángulos del gran salón diáfano, un escritorio color cerezo se asomaba a un gran ventanal tras el que un bosque de rascacielos ofrecía un espectáculo soberbio. El hombre sentado de espaldas en el sillón de cuero dejó de escribir al oírlos entrar y se volvió hacia ellos.

—Querido sobrino, ya estás aquí —se fijó brevemente en Hugo mientras abrazaba a Fred —¿Quién es la visita nueva nuestra de cada día, si puede saberse?

El comentario podía parecer una broma, pero la expresión agria de Owen no dejaba lugar a dudas de que no lo era.

—Te presento a Hugo Pineda, tío Owen. Ha ganado un premio por su trabajo de fin de carrera, además tiene una beca en arquitectura y ha venido a Nueva York a estudiar un postgrado.

—Así que un premio, ¿eh? Tampoco es para tanto, cualquier tonto puede ganar un premio con buenos patrocinadores que le respalden, lo difícil es hacerse con un nombre y labrarse un prestigio, muchacho, eso es algo que requiere años de dedicación y esfuerzo, amén de una gran clarividencia y genialidad.

No podía creer lo que estaba oyendo, todo el mundo le había felicitado por lo innovador de sus ideas, él mismo estaba muy orgulloso de su capacidad creativa y ese tipo le hablaba con desdén. «Vas a ver mi nombre en los mejores proyectos muy pronto, carcamal. Es una promesa» pensó, lanzando una mirada incisiva a Owen Hayman.

—Voy a hacer prácticas en Patterson & Levine —comentó.

Hayman no pareció impresionado, todo lo contrario, se mostró condescendiente con Hugo; le puso las manos sobre los hombros y sonrió cínicamente al hablarle.

—Hijo, si trabajas con gente menuda acabarás haciendo menudencias

—le dijo.

—Sencillez no es sinónimo de simplicidad, ¿sabe? En muchas ocasiones lo complicado no tiene nada de genial —contestó él mordaz.

El tío de Fred se encogió de hombros. Se despidió de él con un leve gesto de cabeza, dio un par de palmaditas en la espalda a su sobrino y volvió a lo suyo en el escritorio.

—No es muy inteligente enfrentarse a mi tío, puede cerrarte muchas puertas si no le caes bien — le comentó Fred en voz baja.

—Me da igual. Con todos los respetos porque es tu tío, pero me parece un fantasmón.

—Se ha vuelto un poco cínico con la edad, es cierto, pero es comprensible, ¿sabes? Los jóvenes arquitectos le buscan para hacer carrera a su lado, por eso se niega a dar apoyo a nuevos talentos a menos que lo tenga muy claro. Primero has de demostrarle que vales, luego que vales más y al final, empezará a tenerte en cuenta.

A Hugo la explicación de Fred no le convenció. Miró sus maletas dubitativo, quería quedarse con su amigo, pero el arquitecto le había parecido un engreído y no pensaba tener más relación con él, si podía evitarlo.

—Anda vamos, dejaremos el equipaje en la habitación y luego saldremos a comer algo —propuso Fred, que había adivinado la intención de Hugo y quería evitar que se fuera a vivir a otro sitio.

Regresaron a casa de madrugada tras una noche de jarana ininterrumpida, se tumbaron sobre la cama vestidos y se quedaron dormidos de inmediato. Hugo se despertó con la lengua pastosa, le pesaba muchísimo la cabeza y al intentar levantarse se mareó. Había quedado con Patterson a las nueve y eran casi las ocho y media; no tenía apenas tiempo para ducharse, aun así hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se dirigió al cuarto de baño con paso indeciso.

Llegó tarde a la entrevista. Estaba muy molesto consigo mismo, comportarse así no era propio de él. Patterson, hombre de pocas palabras, fue conciso y directo. Le explicó las condiciones del contrato de prácticas, las normas de la empresa y le indicó la mesa donde trabajaría a partir del día siguiente.

Antes de acabar el mes le confiaron un proyecto modesto. En menos de una semana tuvo preparados los primeros bocetos; a Levine, que supervisaba el trabajo de los becarios, le gustaron bastante y le animó a continuar en esa

línea.

Los siguientes encargos fueron aumentando en dificultad, hasta que le llegó uno que tenía más de desafío personal puro y duro que de cometido profesional, aunque ambas vertientes estaban íntimamente ligadas; el cliente quería viviendas de bajo o medio coste para una de las zonas más degradadas de Nueva York, el Bronx, un distrito feo, ruidoso, contaminadísimo y violento, anti turístico.

Hugo sentía que debía ser audaz, tomar la cara más obscena del Bronx, la violencia, la pobreza y la suciedad junto con la belleza que surgía a cada momento de sus calles, el hip-hop, los grafitis, o multitud de expresiones artísticas de todo tipo; en la fusión estaba la clave de una concepción arquitectónica viva, cercana y al servicio de las gentes para las que iba dirigida. Quería conseguir edificaciones que fuesen hogares, no bloques de ladrillo y cemento sin alma. En definitiva, la arquitectura sostenible era la mejor opción. A ver cómo lo hacía con un presupuesto irrisorio.

Tenía una idea que le rondaba desde que empezó a estudiar arquitectura, podía ser factible en ese caso en un treinta o cuarenta por ciento, así que se puso manos a la obra. Lo primero era investigar el terreno y sus alrededores por lo que se pasó por la zona, cámara de fotos en mano. Luego se metió en el estudio, extendió el material gráfico encima de la mesa y lo pegó con cinta adhesiva por las paredes. Después se dispuso a observarlo en espera de inspiración.

Llevaba varios días encerrado bocetando y no acababa de dar con lo que pretendía. Como siempre que sufría un parón imaginativo embarcó a Fred en una noche de salsa, merengue y copas, cena incluida a cualquier hora en uno de esos restaurantes de Park Avenue.

—Esta noche estás muy callado, Fred. ¿Qué te pasa? —comentó Hugo al salir del local.

Fred vaciló un momento. Iba un poco chispa, pero ninguno se había vuelto a pasar de la raya.

—Creo que mi tío Owen tiene problemas, no sé exactamente de qué tipo, pero me parece que son serios. Le he preguntado varias veces y siempre me contesta con evasivas.

—No será nada importante, hombre, si no te lo hubiera contado — intentó tranquilizarle Hugo.

—Eso espero —contestó lacónico su amigo.

Las siguientes semanas pasaron rápidamente para Hugo que parecía haber encontrado respuesta a sus dudas. Enfrascado en su proyecto no salía para nada del estudio, en esos momentos creativos ni siquiera Levine se atrevía a molestarle. Le costó casi cuatro meses tener el trabajo listo para presentárselo a sus jefes, pero al fin lo había conseguido, el cliente estaría encantado con su proyecto.

Jason y Gus quisieron celebrarlo invitándole a cenar.

El Delmonico's era un local histórico en la ciudad, ofrecía a sus clientes lujo y distinción en pleno corazón financiero de Manhattan. Cuando los dos socios entraron en el restaurante tenían cara de circunstancias; Roberta Sanders, la inestimable secretaria y compañera sentimental de Jason Levine, los acompañaba. Saludó a Hugo con dos besos, se sentó de forma despreocupada y pidió un cóctel.

—¿Has visto la prensa, Hugo? —Preguntó Gus Patterson extendiendo delante de él el *New York Post*.

A la luz de las velas resultaba difícil distinguir con claridad, tuvo que acercarse a la llama del periódico. La sorpresa de Hugo fue tremenda cuando vio la fotografía de Owen Hayman en primera plana. Ni siquiera después de leer la noticia varias veces terminaba de creérselo; a pie de página podía leerse “El Magnate de la arquitectura Owen Hayman, saliendo de su estudio junto a su hija.”

La mirada se le endureció al ver los titulares. Tenía expresión de perplejidad ofendida.

—Está acusado de desfalco —dijo incrédulo. Leyó para sí parte de la noticia. Después siguió en voz alta.

“Alice Hayman compró terrenos a terceros para revenderlos a Fieberman LTD Company por más del doble, utilizando para ello sociedades interpuestas. Así, el presidente de la empresa obtuvo jugosas plusvalías personales a costa de la sociedad.”

—Y da la casualidad de que el presidente es Adam Keiler, el marido de Alice —comentó Roberta.

Parecía disfrutar con todo aquel circo mediático.

—Sigue leyendo —le pidió Jason. Como vio que el muchacho no reaccionaba, cogió el diario y continuó él.

—El juez está investigando por qué Fieberman LTD Company acordó pagar hasta siete veces más del precio real en el que estaba tasado el suelo y

si alguien obtuvo algún beneficio a cambio.

—Ahora mira la sección cultural. A ver qué te parece —añadió, devolviéndole el periódico.

La noticia era mucho más modesta, pero la impresión que causó en Hugo fue mayor. Una reseña de media página anunciaba que un prometedor arquitecto español había conseguido reinventar el concepto de vivienda social. Su nombre aparecía junto al de Patterson y Levine.

—Eres toda una celebridad —comentó Roberta.

Tal vez. Lo había deseado tanto que no se lo creía. Por fin podría bajarle los humos a Owen Hayman, aunque imaginaba que a esas alturas tendría el ego bastante magullado. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal? Por Fred, desde luego.

«Las apariencias engañan...» recitó mentalmente Hugo.

El resto de la velada estuvo distraído, comió sin saborear la langosta newberg y ríó sin ganas los chistes repetidos de Gus. No podía apartar de sus pensamientos la duda de que tal vez su amigo estuviera al corriente de las actividades de su familia, o tal vez peor, que fuese parte activa de la trama. Cuando la ansiedad ya no le cupo en el cuerpo se marchó sin dar explicaciones, dejando a todos sorprendidos con su reacción.

—Perdonadme, he de hacer algo importante —se disculpó. Y salió apresurado del local.

Tomó un taxi en William Street. Estaba impaciente por escuchar la versión de Fred. Le llamó varias veces durante el trayecto sin obtener contestación, así que no insistió más.

Cuando Hugo llegó al apartamento, estaba vacío.

Sacó su bolsa de viaje de un armario y la llenó con sus pertenencias, que no eran muchas. Mientras ultimaba su parco equipaje oyó la llave en la cerradura, los anclajes de seguridad de la puerta blindada chasquearon.

Fred apareció en la habitación. Tenía un aspecto horrible, demacrado y cabizbajo. Bajo los ojos unas ojeras negras le hacían parecer un viejo. En cuanto vio a su amigo, se abrazó a él. Hugo se quedó quieto, sintiendo el llanto silencioso del joven. No necesitaban decirse nada.

Al cabo de unos minutos Fred se calmó. Intentó hablar, manifestar lo que pensaba, pero Hugo le cortó con un gesto.

—Haz el equipaje —le dijo—. Tienes una tesis de grado a medias. “Pensamiento de Luz sobre planchas de Titanio.” ¿Recuerdas? Además, es

hora de que te devuelva la hospitalidad.

Fred sonrió tímidamente, mientras Hugo le daba las maletas y le lanzaba camisetas y pantalones sin parar de hablar.

—Prepárate. Vas a conocer Bilbao “La Nuit”. Te llevaré a ver a La Otxoa y su *Bilbao-Bilbao* —Puso los ojos en blanco y la voz ronca—. Desearás no haber nacido después de eso.

—¡Venga, date vidita! —añadió.

Ya de madrugada, dejó a Fred encargado de reservar los billetes de avión, mientras él se acercaba al estudio para despedirse de Patterson, Levine y el resto del equipo. Cuando llegó, Roberta le regañó como a un crío por haberse ido tan de repente la noche anterior. Jason y Gus, en cambio, lo comprendieron. Pero le hicieron prometer que se pensaría muy en serio trabajar para ellos en un futuro no muy lejano.

—Tenemos reserva para el primer vuelo de mañana. A las siete —le informó Fred cuando regresó.

Pasaron la noche en un hotelucho. Al día siguiente, Fred aparcaba el Buick en el parking del aeropuerto a las seis en punto. Pensaban dejarlo allí hasta que alguien lo retirase o se oxidase. Aún les quedaba una hora hasta el embarque, les daba tiempo de sobra de tomar un buen desayuno.

La cafetería estaba prácticamente vacía. Un par de comerciales consultaban sus agendas y unos pocos yuppies comían sándwiches o tomaban capuchinos con sus bolsas deportivas al lado. Hugo y Fred se sentaron en una mesa y pidieron tortitas y café.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo Fred, sorbiendo el café caliente de su taza—. Cuando lleguemos a Bilbao lo celebraremos a lo grande, ¿vale?

—Vale —contestó Hugo. Miró el calendario de la cafetería—. Once de septiembre. La mejor fecha para una celebración que hará historia —dijo, sonriendo. Y levantó su taza de café como si fuera una copa—. Chin, chin.

Fred le devolvió el gesto algo más animado.

Dos horas y media más tarde, mientras Hugo y Fred comían pollo en el avión, la estatua de La Libertad observaba impávida cómo ardían las torres gemelas y el Worl Trade Center.

Reciprocidad

EL TREN QUE HACÍA EL TRAYECTO de Milano a Bérghamo traqueteó cogiendo velocidad y la estación fue quedando atrás.

Dentro, en el compartimento casi vacío, las dos mujeres se miraron.

Una era joven, elegante, casi sofisticada. Vestía traje de chaqueta blanco ribeteado de negro en puños y solapas, zapatos negros de antelina y bolso negro y blanco.

La otra rondaría los cincuenta. Llevaba tejanos raídos, camiseta de rayas, sudadera polar de color azul claro y zapatillas de monte. De su espalda colgaba una mochila que parecía pesar bastante, a juzgar por el gesto que hacía de vez en cuando para recolocarse las correas en los hombros.

La joven pensó de la mujer mayor que tenía pinta de bicho raro. «Perfecta para un personaje» se dijo. Abrió la cremallera de su bolso bicolor y sacó una libreta y un bolígrafo con propaganda serigrafiada en un lateral, escogió con suma atención una de las páginas en blanco y, con una caligrafía menuda y pulcra, escribió en italiano: *Stranna* —extraña—. Luego, siguió observando y apuntando febrilmente.

La mujer de la mochila pensó de la otra que no se podía vestir de forma más fuera de lugar. Tan ostentosa y falsamente refinada.

Daba el perfil que necesitaba para su nueva protagonista. Entusiasmada, encendió su móvil y cuando apareció el bloc de notas en la pantalla puso en su idioma, el euskera: *Arraroa* —rara—. Hizo unos apuntes rápidos y guardó el aparato.

Tiempo después, en Italia fue bestseller la novela *Avvocato per scambi* —Abogada de oficio—, protagonizada por una mujer madura de aspecto desaliñado, pero tras la que se escondía una letrada excepcional. Temida en los tribunales por su implacable forma de defender las causas sociales que llegaban a sus manos y a la que, curiosamente, le gustaba viajar de mochilera.

A su vez, en los escaparates de todas las librerías del territorio español, destacaba la portada de “Espejismo mortal”, traducción de *Hilkor lilura*, obra de una profesora vasca que estaba arrasando en Euskadi. En ella se desgranaba la historia de una sofisticada mujer de negocios que, pese a sus

esfuerzos y éxitos, vivía en la más absoluta miseria por causa de un marido maltratador y ludópata. A la pobre no le quedaba más remedio que comprar sus exquisitos conjuntos en tiendas de segunda mano, aparte de esconder sus moratones debajo de ingentes capas de maquillaje.

Ninguna de las dos llegó a sospechar jamás la reciprocidad de sus miradas, el secreto tras el que se escondían sus éxitos.

No tuvieron oportunidad de agradecerse el regalo que habían supuesto la una para la otra en ese instante efímero de coincidencia vital.

Enajenación

ERA UNO DE ESOS DÍAS inusualmente calurosos de principios de primavera, el termómetro marcaba veintitrés grados a primera hora de la mañana; Amalia pensó que estaría bien aprovechar los primeros rayos de sol para corregir los exámenes trimestrales de sus alumnos al aire libre, así que se puso unos bermudas y un blusón para estar más cómoda y salió a la terraza.

Al cabo de un rato se durmió.

Tuvo un sueño terrible: “Un taxi sorteaba el tráfico a toda velocidad hacia el hospital de Santiago, veía pasar los altos edificios a un lado y a otro del vehículo por las ventanillas. El dolor no la dejaba apenas respirar, jadeaba intentando mantener el ritmo de respiración que le habían enseñado en la preparación al parto, pero no podía evitar gimotear, así que perdía la concentración.

Tumbada en el asiento posterior del coche, era incapaz de hacer otra cosa que quejarse. Mientras, las casas se sucedían ante sus ojos en un arrebato multicolor. Veía fragmentos de tejados y de antenas, terrazas y barandillas de azoteas.

Una de las contracciones fue tan fuerte que la hizo gritar de dolor y, sin poder evitarlo, empujó. Y lo hizo con tantas ganas que el niño salió sin esfuerzo. El hombre sin cara que la acompañaba cogió a su hijo recién nacido y lo arrojó por la ventanilla después de bajar el cristal.”

Se despertó al oírse gritar de dolor.

Parecía que le estaban mordiendo el vientre cien perros a la vez. Se levantó como pudo de la hamaca. Una terrible punzada en el lado izquierdo del abdomen la hizo doblarse por la mitad, avanzó en esa postura hasta el dormitorio y se recostó en la cama. No podían ser las contracciones del parto, solo estaba de veintiséis semanas. «¿Qué es entonces?» se preguntó.

Al cabo de un rato, los lacerantes espasmos empezaron a remitir hasta que se le pasaron del todo y se quedó adormilada después del mal rato.

Hacia el mediodía se preparó un almuerzo ligero a base de huevos revueltos con jamón cocido y queso fresco. Como creía que había sufrido un simple cólico intestinal, después de comer se tomó una infusión de manzanilla que pareció relajarle el estómago. Se pasó el resto de la tarde leyendo tranquilamente el libro que tenía empezado desde hacía casi un mes. Decidió

dejar los exámenes para el día siguiente y descansar, así que se acostó temprano sin más intención que dormir de un tirón hasta la mañana siguiente.

Los dolores dieron al traste con su plan. Se pasó toda la noche con los puñeteros cólicos a vueltas, se despertó varias veces y cuando llegó la hora de levantarse estaba tan cansada que decidió quedarse en la cama.

Le dieron las cuatro de la tarde entre las sábanas, pero por lo menos se había recuperado del cansancio del día anterior y ya no sentía malestar, a no ser una cierta pesadez de estómago. Por la tarde salió a dar un paseo por el pueblo, compró unos bollos en la panadería y entró en la farmacia para que le dieran algo para los cólicos que amenazaban como una sombra con volver a aparecer.

El sueño amenazaba con engullirla en su negra inconsciencia. «Creo que ya he dormido bastante» caviló. Su marido volvía esa noche, así que, después de una cena ligera a base de fruta y ensalada, se propuso esperarlo despierta en compañía de la novela que tenía a medio leer. No fue capaz de mantenerse despierta, sin embargo, y en la segunda página empezó a cabecear. Al fin, le venció un profundo sopor.

No llegó a dormirse, los retortijones le volvieron a jugar una mala pasada.

—¡Dios! —exclamó con voz entrecortada.

Se levantó como pudo; cogió el móvil que tenía sobre el aparador, pero el dolor hacía que le temblase todo el cuerpo y el aparato resbaló de su mano cayendo debajo de la cama. Intentó cogerlo, si bien apenas podía agacharse. Se apretó el vientre intentando mitigar el dolor sin conseguirlo. El móvil sonó bajo la cama, a poco menos de un metro y sin embargo totalmente inalcanzable. Se sentó en el suelo apoyando la espalda contra la cómoda y rompió a llorar.

Su marido la encontró en esa postura, aún sin sentido.

Volvió en sí poco a poco; la punzada del abdomen seguía ahí, más suave, aunque latente todo el tiempo, como si no tuviera intención de desaparecer nunca. Notó que a su alrededor había personas que no conocía y una actividad inusual. Un chico y una chica jóvenes acercaron hasta ella una camilla y la tumbaron con sumo cuidado, cogiéndola uno por las piernas y la otra por las axilas. La chica le quitó el sudor de la cara con una toallita que olía a colonia y le sonrió al preguntarle:

—¿Qué tal está?

Cerró los ojos sin contestar, se sentía tan mal que quería morir. El bebé que llevaba en su vientre se movió, tal vez inquieto al percibir su estado de ánimo. Notó que le sujetaban el brazo y le inyectaban algo. Minutos después de ponerse en marcha la ambulancia que la trasladaba al hospital, entró en un profundo sueño provocado por el tranquilizante que le habían administrado. Lo último que vio fue la mirada atemorizada de Gregorio, su marido, sentado a su lado.

—¿Es grave? —lo escuchó preguntar como en una nebulosa justo antes de perder el sentido.

La doctora contestó a Gregorio sin dejar de vigilar las constantes vitales de su paciente.

—No lo sabremos hasta que le hagamos algunas pruebas, señor —auscultó el abdomen de Amalia e hizo un gesto pidiendo silencio—. Parece que el bebé está bien, su ritmo cardiaco es un poco lento, pero está dentro de la normalidad —guardó el estetoscopio

Diecinueve minutos más tarde ingresaron a Amalia en la unidad de embarazo de alto riesgo del hospital Santiago. A Gregorio no le dejaron pasar, le indicaron una sala de espera donde se tomó un café tras otro mientras le hacían las pruebas a su mujer. La mano que sujetaba el vaso le temblaba ostensiblemente, tenía la cara descompuesta por el sufrimiento y la mirada perdida de quien pasa de todo porque ya tiene bastante con su propia tragedia. Ni Amalia ni él tenían más familia; si a su esposa le pasaba algo no podría soportarlo, sería un golpe mortal.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no notó la presencia del hombre que se le acercaba.

—¿Señor Muruena? Soy el doctor Matías De Andrés.

Gregorio escuchó las explicaciones del médico en silencio.

—Su esposa ha ingresado con dolor agudo en el lado izquierdo del abdomen, persistente durante las últimas 48 horas y edema en las extremidades inferiores. Se ha detectado un tumor en el ovario izquierdo de unos 15 cm. con posible metástasis a estructuras adyacentes peritoneal y hepática —dejó de leer y levantó la vista del informe—. En fin, señor Muruena, la realidad es que no se puede hacer otra cosa que esperar hasta las treinta y dos semanas de gestación; entonces estaremos en condiciones de tomar una decisión. Aunque lo más probable será que tengamos que operar a su mujer, es una intervención arriesgada, pero creemos que es la única posibilidad de que disponemos para

salvar la vida del embrión, que por cierto es una niña.

—No quiero perder a Amalia —logró articular en un hilo de voz.

—Comprendo que esté usted preocupado, es natural —fue la escueta y fría respuesta del doctor De Andrés.

El médico lo despidió con una palmada amable en la espalda y la promesa de que harían lo que estuviera en sus manos para que todo llegara a buen término. Gregorio se quedó en el pasillo con una sensación de desamparo total. «Será muy buen médico, pero qué borde» pensó. Acto seguido llamó a su oficina para decir que se quedaría en el hospital los próximos días.

—Me pasaré mañana o pasado para hablar con Lete —informó a Ismael, su secretario personal.

Lete y él eran socios desde hacía poco más de dos años de una pequeña empresa de productos precocinados y envasados al vacío, que funcionaba bastante bien. Tenían seis empleados aparte de Ismael y Toñi, la administrativa general. Él había sido inflexible con el tema de su secretario. Ese chico era un tesoro al que no pensaba renunciar.

Como su labor en la empresa era la distribución y venta, no tenía un horario estricto, así que podía quedarse junto a Amalia unos días hasta ver qué pasaba. Tenía un contrato en el aire con una fábrica que quería que le envasaran con su marca, pero no habría ninguna dificultad en ultimar los trámites por teléfono y mandar la documentación por fax. Además, en último extremo, Ismael era totalmente capaz de cerrar el trato en su nombre.

A decir verdad, lo que más le preocupaba en ese momento no eran los negocios precisamente.

Pasó el resto de la jornada junto a Amalia. Le habían administrado un calmante y dormía plácidamente, aunque tenía unas enormes bolsas bajo los párpados, producidas sin duda por el cansancio y el sufrimiento de las últimas horas.

Observó con disimulo a la ocupante de la cama de al lado, era una chiquilla morena de unos dieciséis años extremadamente delgada y demacrada; estaba sola, nadie le hacía compañía. Trató de evadirse del cuadro que tenía delante, pero sus ojos se desviaban sin querer hacia la criatura del otro lado de la habitación. En ese momento, ella abrió los ojos y le miró.

—Agua —pidió en voz apenas audible.

Gregorio le dio de beber de un vaso de zumo que había en la mesita de noche. Ella se dejó atender. Pesaba tan poco que a él le dio la sensación de

que se le iba a deshacer mientras la sujetaba para que bebiera. Depositó la cabecita suavemente sobre la almohada y volvió a su silla, junto a Amalia.

Por la tarde, antes de la cena, se marchó a casa. Se dio una ducha, se cambió de ropa y regresó al hospital. Dormitó recostado entre dos sillas. Por la mañana se levantó hecho trizas, parecía que le hubieran dado una paliza y después tirado por un terraplén. Estaba molido, le dolían todos los huesos. Amalia, en cambio tenía mejor cara, le dedicó una sonrisa cautivadora y él le dio un beso en la frente. Al levantar la vista miró hacia la otra cama dispuesto a dar los buenos días, pero estaba vacía.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó a su esposa.

—Cesárea, creo. Tomaba drogas o algo así y el bebé está muy débil, así que tienen que sacárselo.

—Y tú ¿qué tal estás?

—Ya no me duele. La enfermera me ha dicho que luego vendrá el médico a hablar conmigo, parece que tienen que hacerme más pruebas para asegurarse. No se si de lo que tengo o de lo que no tengo —hablaba en un susurro entrecortado, se la veía fatigada —Goyo...

Gregorio no sabía lo que le habían dicho los médicos a su mujer, por lo que prefirió no hacer comentarios.

— Descasa. He cogido unos días en el trabajo; Lete está de acuerdo. Él se encargará de mis clientes

mientras yo no esté —dijo, en cambio.

Le partía el corazón verla así.

Hacia las doce del mediodía, una enfermera les entregó una carpeta.

—Lean despacio la información y la carta de consentimiento, ahora enseguida vendrá el doctor De Andrés, les explicará todo y podrán hacerle las preguntas que quieran ¿de acuerdo? —les dijo. Sonrió y se fue.

Como temían, había que operar. El doctor Matías de Andrés les dijo que debían realizar una laparotomía para determinar si había uno o varios tumores y tuvo que explicarles que era una técnica por la que, a través de una pequeña incisión en el abdomen accedían a la zona tumoral para verificar los daños y decidir el mejor tratamiento para la paciente. También les comentó que su caso era extremadamente inusual.

—Se da un caso entre cien mil de mujeres gestacionales con esta dolencia —les dijo.

«¿Es que esta gente no puede hablar de forma sencilla para que les

entendamos los demás?» pensó Gregorio, pero se quedó callado.

Llegado el momento, Amalia entró animada en el quirófano; iba en la camilla y Gregorio caminaba a su lado, llevaban las manos entrelazadas y se miraban como si ambos temiesen verse por última vez.

Después de las primeras cuatro horas de tensa espera, Gregorio perdió la noción del tiempo transcurrido y mirar el reloj se convirtió en un tic nervioso. Trató de pasar el rato haciendo dameros y crucigramas, pero los nervios y la preocupación le impedían disfrutar de los pasatiempos que tanto le gustaban. Se tomó, además, litros de café de la máquina que había en la salita de espera, la papelera estaba a rebosar de vasos que él había ido tirando durante la jornada.

Estaba hecho un manojo de nervios, pero no quería salir a la calle por si le llamaban para comunicarle que la operación había terminado. No le quitaba ojo a la puerta por la que se habían llevado a su mujer, por eso no se dio cuenta de la presencia de su socio hasta que oyó un saludo a su espalda.

—Hola Goyo, ¿qué tal lo llevas?

—¡Me ca...! —Dio un respingo, sobresaltado.

—Lo siento, no quería asustarte. ¿Cómo está Amalia? —Lete llevaba en la mano la carpeta de clientes que utilizaba habitualmente Gregorio.

—Aún no ha salido del quirófano. Y tú, ¿te arreglas bien? —preguntó, señalando la carpeta.

—Lo tengo dominado —contestó el socio, aunque ambos sabían que era un farol. A Lete no le gustaba para nada el trabajo de campo que hacía Gregorio.

Charlaron durante un rato; Gregorio le contó todo lo que les habían dicho los médicos, Lete le informó a él sobre la marcha del negocio y le felicitó por la firma del jugoso contrato cerrado gracias a su celo profesional, ya que había llevado el caso desde el mismo hospital. Después Lete se disculpó y se fue dejándole con sus temores, solo de nuevo.

Con la laparotomía descubrieron un tumor de tamaño considerable.

—Hemos verificado, además metástasis peritoneal y hepática; habrá que operar de nuevo, esta vez con mayor riesgo de mortalidad —terminó de informarle el médico desde el otro lado de la mesa del despachito donde se reunían siempre.

El equipo médico que trataba a Amalia decidió una fecha para la intervención; sería diez días después de la primera para dar tiempo a que la

paciente se recuperase, así se lo comunicaron a la pareja cuando les presentaron los permisos pertinentes para que los firmaran. Esta vez no fue el doctor De Andrés quien les dio la noticia, sino un colega suyo bastante más joven y mucho más agradable.

Exactamente diez días más tarde volvieron a operar a Amalia y Gregorio se vio de nuevo en la misma situación de espera y nervios, con la diferencia de que ni siquiera Lete le hizo una visita. Tan solo recibió una llamada suya muy escueta para preguntarle por su mujer, y eso, por puro compromiso. El resto del tiempo estuvo rumiando su preocupación a solas con el único deseo de ver salir a alguien de la zona de quirófanos para saber qué pasaba.

Cuando por fin apareció una enfermera, se acercó a ella y lanzó una batería de preguntas aturulladas; la enfermera, confusa, trató de escabullirse como pudo.

—Lo siento, señor, yo no puedo decirle nada —fue la escueta contestación.

Unos minutos después otra enfermera le condujo hasta una antesala del quirófano, allí le esperaba el doctor De Andrés y su joven colega. A Gregorio le dio mala espina la expresión de sus caras.

—¿Algo va mal? —preguntó nervioso.

De Andrés hizo un gesto raro, enarcó las cejas y tardó en contestar lo que a Ramos le pareció una eternidad.

—Verá, señor Muruena... se puede decir que estamos bastante satisfechos del resultado. Es usted padre de una niña perfectamente sana; en cuanto a su esposa...está estable dentro de la gravedad, aunque todavía es pronto para saber cómo evolucionará.

—¿Qué quiere decir con eso de que está estable? ¿Está grave o no está grave? ¡No entiendo nada! —Gregorio estaba desesperado.

El médico joven que hasta entonces no había dicho nada, esbozó una disculpa a su colega, tomó a Gregorio del brazo y lo dirigió hacia la habitación donde estaban Amalia y su hija.

—Procure no cansarla, está bastante débil —le recomendó el doctor, después añadió —: Vendré dentro de unos minutos para ver qué tal está — cerró la puerta con sumo cuidado al salir.

La madre reposaba con los ojos cerrados; mientras en otra habitación, tras una pared acristalada, la niña succionaba ávidamente la leche de un

biberón acunada amorosamente por una enfermera. Un monitor controlaba las constantes de Amalia; estaba muy pálida y demacrada y Gregorio sintió una mezcla de temor, tristeza e impotencia al verla así. Se suponía que ella era la fuerte de los dos y ahora parecía tan frágil...

El doctor volvió diez minutos más tarde, comprobó la respiración, el pulso de la paciente y el gráfico del monitor.

—Váyase a su casa y descanse —le recomendó.

Nadie le enseñó a su hija, ni siquiera la mencionaron. En realidad, no le importaba para nada lo que pudiera sucederle a la niña, tenía el pensamiento puesto únicamente en Amalia.

Los días siguientes fueron terribles para Gregorio, pero las noches las pasaba mucho peor durmiendo poco y mal; las horas nocturnas se le antojaban interminables en la soledad la cama conyugal. Se levantaba mucho más cansado de lo que se acostaba, así que se vestía recién estrenada la mañana y se iba al hospital.

El cuarto día le llamaron en el momento que salía por la puerta. Una voz femenina desprovista de toda emoción le comunicó que debía personarse urgentemente en el hospital; cuando llegó no le dejaron ver a Amalia, sino que le indicaron una salita y lo dejaron allí esperando hasta que llegó el doctor De Andrés. Ambos hombres se estrecharon la mano; al cruzar su mirada con la del médico, Gregorio supo lo que iba a decirle.

El funeral de Amalia no fue muy concurrido, no conocían a mucha gente y tampoco tenían amigos ni relación con la gente del barrio. Habían hecho su vida sin tener en cuenta a los demás, así que ahora los demás no se preocupaban de ellos. Tan solo unas pocas vecinas con las que hablaba Amalia a veces se acercaron al sepelio y acompañaron a la difunta durante el oficio religioso. Después se marchó cada una a su casa, nadie fue al cementerio y él se quedó solo bajo una lluvia torrencial mientras daban tierra a la que había sido su compañera durante nueve años. Sentía un profundo rencor por la criatura que, según él, era la causante de la muerte de su esposa.

Deambuló durante horas con el bebé en brazos sin importarles el mal tiempo, el paraguas que llevaba apenas les protegía de la tromba que estaba cayendo.

Llevaba un buen rato quieto en mitad de una acera cuando se dio cuenta de que se estaba haciendo de noche; tenía la mirada perdida, cualquiera que le hubiese observado con detenimiento hubiera percibido que estaba enajenado.

La pequeña iba dormida entre sus brazos, pero, aunque hubiese berreado le habría dado igual. Entonces vio el contenedor. Una idea demencial se abrió paso a través del dolor y el desasosiego. Pisó el pedal, cuando la tapa se abrió tiró dentro a su hija.

—Se acabó. Nunca debieras haber existido —dijo en voz alta mientras la tapa del contenedor se cerraba. El llanto fue desgarrador, pero Gregorio siguió impasible.

A poco más de cincuenta metros, tras una ventana abierta del primer piso, alguien oyó el grito de la niña.

Al principio Elisa pensó que era un gato, aunque luego no estuvo tan segura, se acercó a la ventana para oír mejor y, en aquel momento, distinguió una figura junto al contenedor. Era un hombre, sin duda. Tampoco había duda de que lo que oía era el sollozo de un bebé.

—¡Eh! —gritó sin obtener respuesta. Le increpó de nuevo alzando la voz —¡Oiga!

Salió a la calle, el hombre ya se había alejado mucho por lo que no pudo verle la cara. Elisa corrió hasta el contenedor y lo abrió, el hedor era nauseabundo. Aun así, metió la cabeza; entre un par de bolsas de basura y varias botellas de vino y cerveza estaba el bebé envuelto en una manta. Elisa lo sacó como pudo y lo acunó. Era una niña, aún tenía la pinza del cordón umbilical y parecía sana.

EPÍLOGO

—Natacha, ¿sabes quién está en el baño? —preguntó Frederich, el oficial de vuelo a la azafata.

—Ni idea, pero lleva un buen rato. Iré a ver.

Faltaban poco más de diez minutos para que el avión aterrizara en Saint Marteen; Natacha recordaba que un pasajero había entrado en el baño al poco rato de despegar, pero no lo había visto salir por lo que dedujo que tal vez estuviera enfermo. Al intentar abrir la puerta comprobó que estaba cerrada. Llamó con los nudillos sin obtener respuesta.

—La puerta está cerrada y nadie contesta. Creo que hace rato entró un tipo que aún no ha salido. Además, un par de hombres han desistido al intentar utilizarlo y encontrarlo ocupado —informó a su compañera que la miraba interrogante —. Voy a intentar abrirla otra vez —añadió.

—¿Con una horquilla?

—Soy experta en abrir taquillas con horquillas de pelo —sacó la punta de la lengua entre los labios mientras hurgaba en la cerradura —. A ver... — se oyó un clic —¡Ya está!

—¡Jesús! —exclamó Natacha.

Un hombre oscilaba en el aire suspendido de la manga de una camisa, la suya al parecer, porque tenía el torso desnudo. La otra manga estaba anudada al aplique del espejo; tenía la cara amoratada y estaba despatarrado, una pierna a cada lado del inodoro.

En su bolsillo encontraron un folio en el que únicamente había escrita una escueta y dramática despedida: “Espérame Amalia. Ya voy.”

Legado de sangre

LAS CUATRO DE LA MAÑANA. Ni un ruido en el aire, ni un alma en las calles. Una figura cruza la avenida desierta y se interna en una calleja. Solo es un gato tan solitario como él, por lo que continúa su andar sigiloso hasta un pequeño patio trasero.

Observa a su alrededor para cerciorarse de que nadie le ve, acto seguido golpea la puerta disimulada bajo un tramo corto de escaleras y un rosal cuajado de flores que tapa la mitad de la entrada. Abre la puerta un hombre maduro, alto, de figura esbelta y porte digno; sus ojos azules sonrían al visitante nocturno, que traspasa la puerta.

Tras una mirada rápida y desconfiada al callejón, el dueño de la casa se aparta para dejar pasar a su invitado. Se quedan mirándose unos momentos y, por fin, se abrazan. Es un abrazo intenso, al que le siguen una serie de caricias y arrumacos apasionados. Al poco, el anfitrión se separa y trata de hablar mientras el otro se lo impide besándolo en la boca.

—Romano..., espera, déjame decirte algo...es importante... —dice intentando sustraerse a las caricias.

El joven se aparta con expresión de evidente fastidio.

—¿Qué pasa? —pregunta. Se ha quedado muy quieto y mira fijamente a su amante, que le ofrece una copa de vino.

La habitación en la que se encuentran es una pequeña cámara que sirve de dormitorio y despacho. Esquinado en el fondo, un camastro bastante espartano pasa prácticamente desapercibido; los muebles que más destacan son un escritorio con muchos cajones, cuya superficie está abarrotada de documentos, y un librero de puertas acristaladas detrás de las que se puede ver una importante colección de joyas literarias. Romano da sorbos a su vino y hace un gesto interrogante a su compañero, que se sienta frente a él y le explica la situación.

—El gobernador ha promulgado una ley por la cual se procederá a la detención de todos los gitanos. Tienes que irte. Huye con tu familia, por lo que más quieras. Esta vez están decididos a exterminaros a todos. Se dice que separarán a los hombres de las mujeres para que se extinga la raza.

Iñigo Urrestarazu no puede evitar un ramalazo de terror que le sube por la espina dorsal al contarlo. La vida de Romano, de su mujer y de sus hijos

está en peligro.

—He conseguido un salvoconducto firmado por el Rey, no me preguntes cómo. Has de llevarte de inmediato a Lilith y a tus hijos, embarcaros para América o viajar a la India, no importa dónde, cuanto más lejos mejor — Iñigo se levanta y se dirige hasta un secreter. Abre el cerrojo del cajón superior con una llave que llevaba colgada al cuello y saca una bolsa de cuero —. Toma, con esto tendrás suficiente para el viaje, después deberás arreglártelas. Sabes leer y escribir, yo te enseñé, aprovéchalo y busca un lugar en el mundo que sea más amable que esta corte impía.

—No puedo... —Romano duda, el orgullo es un sentimiento muy fuerte.

—Claro que puedes. Puedes y debes aceptarlo. Toma —Urrestarazu tiende el salvoconducto y la bolsa a Romano y le obliga a cogerlo —. Ahora vete —abre la puerta y lo empuja suavemente hacia la calle por la espalda.

Iñigo lleva en Madrid casi siete años. Su condición de infanzón le ha conseguido una prometedora carrera castrense en la compañía de alabarderos del rey. Está acostumbrado a las intrigas palaciegas y ha aprendido a sacarles provecho, sabe conseguir información y traficar con ella. Pero también se puede volver en su contra; la corte madrileña es especialmente racista con los romaní, castiga la sodomía con la pena de muerte y es seguro que, si les descubren, ambos acabarán en la horca.

Mientras el guardia real trata de sosegar su inquietud, el joven gitano desanda el camino hasta su casa en el callejón de Lavapiés. Su esposa Lilith y sus hijos Marco y Estevo, duermen. En cambio, la pequeña Samara está sentada en el suelo, junto al hogar apagado. Abraza la muñeca de trapo con la que siempre se acuesta y que representa a *kesali*, una ninfa. Las mujeres de la familia creen que el espíritu del hada protege a las niñas, por eso confeccionan esas muñecas, para que velen por sus hijas.

Romano toma en brazos a su hijita.

—Vamos a despertar a la mama —dice, y echa a la niña en el camastro junto a su madre.

Después despierta a sus hijos. Son dos chavales de nueve y trece años, altos y fuertes. Guardan un gran parecido con su padre; su gesto denota determinación, fortaleza de carácter. A Romano al mirarlos, le asalta una gran tristeza. «Es el legado que nos deja la sangre.» Con ese pensamiento cruzando por su cabeza, se agacha y besa a su mujer con una dulzura que creía olvidada.

Su compañera, todavía medio dormida, lo mira asustada. Él sonríe con cierta amargura.

—Lilith, tenemos que largarnos —sin decir m as, la ayuda a levantarse.

Aún no ha amanecido cuando cruzan la plaza de Lavapiés. Ha parado la refrescante brisa nocturna y comienza a notarse el bochorno que promete durar todo el día.

A media mañana han dejado atrás el camino de Vallecas y se internan en un pequeño bosque de quejigos que les darán sombra durante un rato. Romano no quiere ir por el camino real por miedo a encontrarse con las patrullas que sabe rondan para proteger la corte de vagos y maleantes. «Los payos llaman vagos o maleantes a todo hijo de madre que no sea como ellos» dice entre dientes.

Lilith va rezagada varios metros con la pequeña montada a horcajadas en la cadera; no dice nada, sigue en silencio a su esposo. No ha hecho preguntas, no hace falta. Sabe cosas que él piensa que ignora. Es mujer, est  al tanto de todo lo que pasa a su alrededor, se hace cargo de que llevan mucho tiempo vigilados. Por eso, cuando a media tarde los guardias les cortan el paso, no se sorprende, se planta erguida entre sus hijos y los hombres armados. « Aqu  estoy!» les dice con la mirada.

Los muchachos intentan proteger a su madre formando, junto al padre, un círculo en torno a ella y a la niña, que gimotea cogida a las faldas maternas. El visado que permite a su familia licencia de desplazamiento no les sirve para nada; el que parece el capitán, tras echarle un fugaz vistazo, lo arruga y lo tira. Con un gesto, ordena que los prendan.

La lucha es desigual, dos niños y un hombre con una navaja contra casi una docena de fornidos soldados armados y pertrechados como si fuesen a la guerra. Romano repele como puede a un alabardero que le ataca, otro ha golpeado a Marco en la cabeza. Por el rabillo del ojo ve como Estevo forcejea con dos de ellos que se lo llevan a rastras; el muchacho es fuerte y se defiende con bravura. Apenas pueden sujetarlo, le propina una patada en la cara a uno y un codazo en el estómago al otro y echa a correr. Varios van en su busca, pero serpentea ágilmente entre los árboles y al cabo de unos minutos los soldados regresan con las manos vacías.

« Bien por Estevo!» piensa Romano. Entonces recibe un fuerte golpe en la cabeza y cae inconsciente, con tan mala fortuna que se golpea contra una

piedra. El oficial de los granaderos voltea el cuerpo de Romano, un hilo de sangre recorre su mejilla desde la sien.

Lilith se lanza hacia su marido con un chillido desgarrador, besa su cara, su pecho, sus manos... se lamenta desconsolada y clama justicia en su jerga incompresible. Los soldados no saben si apartarla por la fuerza o permitir que se desahogue. Al fin, el oficial la levanta y la empuja bruscamente a un lado. Ella no se queda quieta, intenta arañar y golpear al asesino de su esposo. Es una fiera, todo el odio que siente se refleja en sus ojos, su voz es un grito ahogado de maldiciones caló.

Al regreso de la comitiva lo que la gente ve es a una mujer indefensa con una niña en brazos, a un chaval magullado al que a duras penas pueden sujetar los soldados en su forcejeo constante y el cadáver de un hombre demasiado joven para morir sin motivo alguno. Según los guardias van avanzando con sus prisioneros hacia el Palacio Real, un abucheo bronco va elevándose entre la concurrencia, cada vez más numerosa y alterada.

Las horas pasan con lentitud aciaga para Lilith, que se desespera. Es una fiera enjaulada rota de dolor.

Ya anochecido, al recinto donde la han recluido a ella, a su pequeña y a sus hijos, van llegando más gitanas con sus respectivos vástagos. Los niños juegan sin ganas, las mujeres se besan en saludos fraternales. Con el pasar de las horas, la aglomeración es tal que apenas cabe un alfiler y el aire empieza a ser irrespirable. Se oyen conversaciones en voz baja, se cuentan unas a otras como han inspeccionado sus casas y les han requisado todo lo que tenían, llevándose después a sus maridos; algunas se lamentan de su suerte, pero en general la resignación es colectiva.

—¿Quién de vosotras es Lilith Gabarre? —pregunta un soldado desde la puerta enrejada.

—Yo soy. ¿Qué pasa?

La respuesta de la mujer es altanera, sus andares son los de una reina. Las otras mujeres se apartan en silencio para dejarla pasar. El soldado le tiende una carta.

—Algún pariente tuyo que aún no hemos cogido te manda esto —le dice.

—Déjese de chulerías, soldado.

El guardia se cuadra y saluda militarmente a un superior. Lilith está perpleja, en el perfil del alférez reconoce a Iñigo Urrestarazu, el amante

secreto de su esposo, que pasa tranquilo por delante de la puerta del calabozo sin mirar a nadie, la vista hacia el frente. Lilith siente en su mano la nota como algo vivo. Una ansiedad creciente se apodera de su ánimo. Gracias a los esfuerzos de Romano, es una de las pocas mujeres gitanas que ha aprendido a leer; ella, a su vez, ha enseñado a sus hijos. Desdobla el papel. Solo dos frases en romaní: *Si mantsa. Me emposumó on alé.* (Está conmigo. Cuidaré de él.) Después de un espacio en blanco y en letra más pequeña: *Sosqué muló yequí oropendola gajeré ardiñara yequí ujaripén.*

No puede evitar que el corazón se le acelere. La frase que tiene delante es un dicho de su pueblo que Romano utilizaba siempre que las cosas iban mal. “Donde muere una ilusión, siempre nace una esperanza.” Las lágrimas se le escapan sin querer al releerla y comprender súbitamente el significado en toda su dimensión. Agradece en silencio lo que ha hecho Iñigo Urrestarazu y aprieta contra el pecho a su hija. La nota le tiembla en la mano al dársela a Marco; el muchacho mira interrogante a su madre. Lilith abraza con pasión a su hijo y le dice en un susurro al oído

—*Gajeré ardiñara yequí ujaripén* —las lágrimas le caen en reguero por las mejillas.

Sí. Siempre nace una esperanza.

El vínculo

Gael estaba sentada sobre su cama con un libro abierto, sin leer, entre las manos. La mirada se le estaba perdiendo por momentos en un punto inconcreto del paisaje que se veía a través del cristal de la ventana. Lo notaba otra vez. Sabía que iba a suceder de nuevo. Oía, muy lejana, la voz de su madre llamándola a cenar desde el comedor. Pero en un segundo, Gael había dejado de estar allí. Ahora ya no era Gael, o más bien, no solo era Gael; también era Eerin, el niño que le mostraba ese otro mundo tan distinto al suyo.

A través de la mirada de Eerin había aprendido a ver llegar al miedo. Con uniforme de soldado unas veces, las más; con aspecto de colonos otras. Cualquiera de las dos apariencias (había otras también, pero menos habituales) llevaban aparejadas consecuencias igual de horribles: asesinatos, mutilaciones y violaciones. Todas las variantes del embrutecimiento humano se las había presentado Eerin en multitud de ocasiones y siempre, invariablemente, con consecuencias nefastas para su integridad física.

El chico estaba acostumbrado a recibir insultos y palizas, los maltratos en su vida eran el menú del día.

Y todo eso lo había compartido con Gael; su alma se lo había regalado al alma de Gael con un lazo negro de luto en el envoltorio. Así que ella había acabado temiendo su llamada tanto como la deseaba y, casi con morboso placer, había ido entregándose poco a poco al niño desconocido que la llamaba a través de dimensiones recónditas.

Eerin, a su vez, había aprendido que cada vez que la necesitaba, Gael acudía. Desde que lo separaran de su familia y lo llevaran a la granja de acogida varios años atrás, era en los últimos meses cuando más la había convocado. Los encuentros eran casi diarios. La necesitaba siempre.

Cómo sucedía aquello era un misterio para Gael. El chico, en cambio, comprendía que todo era debido al Tiempo del Sueño, el suyo; más real, por otra parte, que la propia realidad.

—Altjira, el Gran Espíritu Creador, nos hizo iguales a todas las criaturas al darnos El Sueño —le había explicado en una ocasión Eerin a Gael, sin que ésta llegara a entenderlo.

—¿Y qué pasa con los que se creen superiores? —había preguntado la joven.

Eerin había sonreído tristemente antes de contestar y, al hacerlo, sus ojos brillaban.

—Esos no comprenden El Sueño, así que no pueden cantar las canciones de los ríos, de las montañas, de los bosques, del cielo que está encima

de nuestras cabezas y de la tierra que nos alimenta y soporta nuestros pasos. Por eso no saben andar El Camino y se pierden.

Eran dos seres separados por la distancia y por el momento, que se unían en un solo ente etéreo; un niño de diez años y una adolescente de dieciséis hablando idiomas diferentes que confluían en un mismo lenguaje inmaterial y primigenio.

Esa noche Gael se había ido a ese otro lugar con Eerin, a ese otro tiempo, el de los sueños.

Sentía la arena crujir bajo los pies del chico, el jadeo de su respiración, el sudor de su piel. Estaban corriendo por una zona de arenisca. Gael reconoció de pronto, a lo lejos, el poblado Bidjigal donde había nacido Eerin.

Se acercan con sigilo, arrastrándose lentamente por la tierra arenosa

Ahora están viendo cómo asesinan a los padres de Eerin y a su abuela. Todo el poblado está cayendo bajo los sables. Sienten juntos, con el mismo cuerpo, una rabia conjunta y creciente. Gael no quiere sucumbir a la violencia, intenta razonar con Eerin para que no haga ninguna locura, le habla dulcemente.

Él se siente impelido a correr hacia los suyos para defenderlos, a la vez también siente la necesidad de quedarse con Gael, de hacer lo que quiere Gael.

Nota dentro de sí la presencia de la chica, su miedo. Oye la pregunta en su cabeza.

—Eerin, ¿qué vas a hacer?

El chico no contesta. «Tú no eres real» piensa. «Mis padres si lo son». Corre hacia el poblado. Gael grita en su interior. A Eerin le duele el grito de Gael, a Gael le duele el sufrimiento de Eerin.

Reciben un fuerte golpe en la nuca que les hace desplomarse.

Horas más tarde despiertan maniatados. Todo ha acabado ya. No queda nadie con vida excepto ellos. Él. Los soldados quieren diversión; cuando se percatan de que ha vuelto en sí, lo arrastran aparte, lejos del montón de

cadáveres. Entonces se entregan al placer del miedo y el dolor ajenos.

Gael está tumbada, de espaldas en el suelo de tierra dentro del cuerpo de Eerin, acompañándole en él. Su propio cuerpo, sentado rígido sobre la cama de su dormitorio, tiembla y se estremece al ver el cuchillo a través de la mirada de su compañero. Nota el filo de la hoja en la oreja de Eerin, el corte lento, la sangre caliente cayendo por el cuello del muchacho, que ahora es también su cuello.

Los soldados se relevan para torturarlo; en un clímax salvaje de sadismo cortan la carne sin consideración, sin un ápice de piedad. La piel se abre dejando brotar hilillos de sangre que recorren el cuerpo compartido.

Gael sabe que a Eerin le queda poco, que ha decidido abandonarse al vacío; percibe cómo se debilita junto a ella. No ofrece resistencia cuando le patean la cara; un gemido ahogado brota de su garganta en el momento en que una mano le coge los genitales y otra los corta con un objeto afilado que parece un trozo de hierro oxidado. Gael no quiere dejar de luchar, se resiste a las manos que intentan abrirle la boca, forcejea sin fuerzas. Le meten algo entre los dientes, su propio pene, que le impide respirar; cada vez le cuesta más.

Ya no importa, está sola. Eerin ha desaparecido.

En su casa, Gael no se da cuenta de que su madre está empezando a impacientarse.

Al no responder a sus llamadas, la mujer acude a la habitación de su hija. Se la encuentra sentada, los ojos abiertos, las pupilas en un punto inconcreto del paisaje tras la ventana. Un libro está caído en el suelo, a sus pies.

—Hija, ¿vas a bajar a cenar o haces dieta hoy también? —pregunta, impaciente, desde la puerta entreabierta.

La muchacha parpadea como si despertase de un letargo. Asiente en silencio.

Espera a que se cierre la puerta para ir a mirarse en el espejo del tocador. La que se refleja es ella, pero no es ella exactamente. Las pupilas verdes de sus ojos tienen ahora trazos oscuros que antes no tenían; su pelo, liso y rubio, está veteado de pinceladas negras y se ondula en las puntas formando bucles; su piel, normalmente blanca, presenta un ligero dorado.

—Estás bien —asevera Gael.

—Sí. Tú también —dice Eerin.

Y se sonríen frente al espejo antes de ir a cenar.

Pequeña fantasía andalusí

LA CASA ESTABA DELANTE de una plazoleta diminuta, casi al final de la empinada cuesta. El encalado de las paredes relucía al sol del mediodía otoñal. De las ventanas y los balcones pendían gitanillas, petunias, campánulas y begonias de vivos colores que aún conservaban multitud de olorosas flores.

En el estrecho porche, sobre la puerta principal de doble hoja, se extendía un emparrado que llegaba hasta la esquina, donde un callejón de poco más de veinte metros se alargaba serpenteante hasta la calle de atrás. La parra enterraba sus raíces en una gran tinaja que se hallaba casi pegada al marco; su fronda empezaba a mostrar los primeros indicios de la estación previa al invierno y configuraba una hermosa composición de dorados, marrones, rojos y verdes.

Un mosaico de baldosas artesanalmente decoradas informaba del nombre del local, “La Fragua”.

La mujer llamó a la puerta y esperó. Estaba cansada y respiraba con dificultad debido al esfuerzo de subir la cuesta arrastrando la maleta. Le había llevado un buen rato y en ese momento, mientras aguardaba que abrieran, sintió el peso de la soledad.

La soledad llenaba toda su existencia desde que Jakes la había abandonado hacía más de un año. A partir de entonces, su único interés en la vida había sido resistir, al principio, y luego, viajar tras esas cartas que alguien le escribía. Páginas llenas de emociones contadas con refinada caligrafía.

Retazos entrelazados de su propia vida con la de esa otra persona tan cercanamente desconocida.

La puerta se abrió sobresaltándola.

La dueña de la casa se llamaba Carmen. La mujer la siguió por los estrechos escalones que subían al piso superior.

—*Le preparaao er cuarto grande* —dijo abriendo una puerta—. Como quería estar sola, no he *metío* a nadie, *tor* piso es *pa'usté*. Tiene un aseo chiquito con *dusha ar final der* pasillo.

La mujer cogió el juego de llaves que le tendía su anfitriona y escuchó a medias sus explicaciones. En parte porque no había entendido bien, y en parte porque no necesitaba saber qué puerta abría cada llave —tiempo

tendría de probarlas— ni tampoco le importaban los horarios de las comidas. No en ese momento, al menos.

La propietaria de la casa se despidió afablemente, deseándole una agradable estancia con su particular verborrea, y desapareció escaleras abajo.

Una vez a solas en su habitación, la mujer abrió el enorme bolso negro que siempre llevaba y sacó un pequeño fajo de cartas. Deshizo la lazada que las ataba y las extendió sobre la cama, contándolas a la vez que las iba depositando encima de la impecable colcha boutí con decorado de corazoncitos rojos —¡Qué ironía! Iba a dormir debajo de un centenar de diminutos corazones. Ella, que tenía el suyo destrozado—.

Los cuatro primeros sobres presentaban la misma dirección:

Beatrice Durot Ezkarra.
20, Rue Georges Olascuaga
64500 Ciboure. Francia

La suya. Su dirección. La de la casa familiar, herencia dejada por su padre francés. De su madre vasca había heredado una pequeña suma que le estaba permitiendo vivir esa aventura cómodamente.

Suspiró con fuerza. En realidad, estaba un poco cansada de tanto viaje. Había tenido que ir hasta Arnedo a recoger la quinta carta.

Encontró sin mucho esfuerzo la fortaleza indicada; debía posar las manos sobre el muro. Así lo hizo. Miles de sensaciones recorrieron todos sus sentidos, cientos de voces la llamaron desde dimensiones invisibles.

En la localidad riojana se demoró varias semanas. Por la mañana se mezclaba con sus gentes en el mercado y por las tardes buscaba la tranquilidad de las callejuelas alejadas del centro o paseaba por sus murallas intentando comprender los retazos de conversaciones que creía escuchar entre las piedras.

Beatrice apretó los labios y retiró uno de los sobres del resto. Le dio vueltas entre las manos sin decidirse a abrirlo. Sabía lo que contenía. No era una carta, solo una escueta nota. Al fin, se decidió. Separó la solapa, la sacó y releyó por enésima vez la frase que conocía de memoria y que, sin embargo, no entendía.

Se apartó de la cama y, separando la cortina, miró por la ventana. El pueblo entero se extendía a sus pies y, al fondo, el Mulhacén; eternamente

nevado, legendario y majestuoso como el rey que le dio su nombre. Decidió que tenía que subir a esa cumbre. Pero lo primero era recoger la carta que le había llevado hasta allí.

Se aseó, cambió la falda que llevaba por unos pantalones, el bolso por una pequeña mochila, se calzó unas botas de monte y salió. Tuvo que indagar quién era y dónde vivía el cartero, cosa que no le costó mucho averiguar. Resultó ser un hombre rechoncho, simpático y graciosísimo, que no hacía más que contar historietas chistosas en esa jerga tan característica en la zona. A Beatrice le encantó.

Luego alquiló una bicicleta y se dedicó a vagabundear sin rumbo las siguientes horas. Explorando cada rincón del pueblo llegó a un lugar excepcional que la dejó, literalmente, con la boca abierta por el asombro. Según el panel informativo aquella enorme balconada colgada entre montes era el Mirador del Perchel. El paisaje que ofrecían las vistas desde allí le resultó extrañamente conmovedor; una simetría de su alma, suspendida en el espacio incierto que era su vida. Se sentó en la repisa baja que rodeaba el balcón, apoyó la espalda contra la balaustrada y rasgó el último sobre.

Esta vez también era una nota y estaba escrita,
a diferencia de las demás, en caracteres árabes.

La desconocida que escribía firmaba con el nombre de Yanna. Era curioso, no conseguía recordar de qué le resultaba tan familiar. Releyó el escrito sin encontrar el dato más relevante que tenían en común todas las demás misivas: el siguiente lugar al que debía dirigirse. Buscó dentro del sobre por si se había quedado algún papel con la indicación. Nada.

«¿Qué significa esto?» se preguntó.

Sin pretenderlo, le vino a la memoria la sexta carta. Había llegado a sus manos cuando se cumplía un mes de su estancia en Arnedo. Le indicaba Tudela como punto de referencia. Una vez allí, le costó bastante localizar la torre mudéjar que debía buscar. No había imaginado que en la actualidad albergara el ayuntamiento de la ciudad.

Al tocarlo, el edificio le había parecido muerto. ¿Habría perdido el poder sensorial adquirido con la llegada de la primera carta? Y es que, al tocar aquel papel de fabricación casera, había sentido cómo le hablaba. Sí, el papel le decía cosas en un idioma extraño. Las cartas que llegaron después también le hablaron. Más tarde, la muralla de Arnedo había compartido sus voces con ella. Y, sin embargo, la torre mudéjar de Tudela parecía muda.

Desilusionada y confundida, había buscado alojamiento en una antigua casona señorial restaurada como hotel rural.

La primera noche en Tudela, tras el episodio de la torre silenciosa, se despertó desasosegada y sudorosa; no recordaba la pesadilla, pero sí la sensación de pérdida, de vacío, que había tenido en ella. Luego vinieron otros sueños. En esas ocasiones sí pudo recordarlos. Cada noche eran diferentes, pero todos tenían un nexo: siempre estaba entre mujeres musulmanas —lo sabía porque las oía rezar, de hecho, ella misma rezaba— y la estancia, que parecía pertenecer a un suntuoso palacio, era, invariablemente, la misma.

Aquello parecía de locos.

Al cabo de seis semanas recibió la séptima carta, la que le condujo a Capileira, el pueblecito alpujarreño por cuyas calles estaba paseando. Esta vez no debía buscar edificio ni muralla algunos. Le resultó raro, pero no le dio más vueltas.

El sol comenzaba a ponerse creando sombras alargadas y pintando el cielo de tonos naranjas, malvas y rojizos. Empezaba a notar el cansancio acumulado por el viaje y el vagabundeo en bici, así que optó por entregar la bici y regresar a su hospedaje. Una vez allí, se dio una ducha rápida y, dispuesta a cenar temprano, bajó al comedor. Estaba vacío.

—Los *extranheros** (extranjeros) prefieren *to follaero** (el jaleo) *er* puerto —dijo una voz a su espalda—. Ellos se lo pierden. ¿A *usté* le gusta la comida casera?

Era Carmen, su anfitriona. A Beatrice se le escapó una ligera sonrisa al oírla hablar con ese deje granadino tan curioso.

—La verdad es que me encanta.

La dueña de la casa había preparado una cena a base de platos típicos de la zona.

—¿Le importa que nos sentemos con *usté*? —preguntó mientras dejaba un salvamanteles de cerámica en la mesa y, sobre él, un puchero humeante que olía de maravilla. La acompañaba un hombre —. *Er chavea** (el chico, el chaval) es mi sobrino *er* Juan.

Dijo Huan, resbalando la jota.

—. Vive en *Madris*, pero viene *p'a haserme* visitillas de *ves en ves* —añadió aspirando las jotas como si fuesen humo y convirtiendo las ces en eses y las eses en zetas.

Juan era un mozo de buena estatura, delgado, moreno. A Beatrice se le antojó que bien podía ser un emir o un noble andalusí de épocas remotas. No era guapo, pero en su tez oscura resaltaban dos ojos de un verde tan intenso que sintió una sacudida de alto voltaje cuando se miraron. El tenedor cayó de su mano temblorosa.

Él saludó enseñando la blancura de sus dientes en una sonrisa perfecta. Ella balbuceó algo incoherente sobre cuadros rojos en los manteles y corazoncitos del mismo color en las colchas, antes de inclinarse para recoger su tenedor.

Le llamó la atención que hablase un perfecto y pulido castellano, sin sombra del acento de su tía.

Pensaba haberse acostado temprano esa noche; en cambio, se retiró a su habitación cerca de la una, con varias copas de vino pululando por su consciencia. Se tropezó en el primer escalón y rio tontamente antes de conseguir, no sin esfuerzo, llegar al cuarto y echarse en la cama. Las paredes y los muebles dieron vueltas a su alrededor durante un momento que se le antojó una eternidad. Contra todo pronóstico, se durmió de inmediato.

A las seis en punto de la mañana, Beatrice se incorporó en su cama, bajó los pies y se levantó. Salió de la casa en camisón y descalza, la mirada fija en un punto fijo frente a ella. El valle de Poqueira, a las faldas del pueblo, estaba amaneciendo bajo una espesa niebla. Beatrice, sin embargo, no lo veía. Como tampoco notaba el frío de la brumosa madrugada.

Bajó la cuesta a paso seguro, con los brazos inermes a los lados del cuerpo y las manos rebotando cada vez que uno de sus pies pisaba el suelo.

No oyó la voz que la llamaba insistente.

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

El empapado borde de su camisón danzaba al ritmo del fuerte viento que arreciaba por momentos. Le golpeaba los tobillos enredándose entre sus piernas y perfilando su silueta, esbelta y bien contorneada.

Beatrice poseía una belleza madura y serena de la cual ella no era del todo consciente. Sus marrones ojos avellanados cautivaban por la dulzura que destilaban, su cabello rubio, vetado de mechones canosos, la confería de una personalidad poco común, y su sempiterna y triste sonrisa le daba un aire lánguido que aturdí los sentidos de muchos hombres.

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

Terminada la cuesta, la Plaza del Calvario se abría a un racimo de calles que recorrían todo el pueblo. Beatrice subió los tres escalones que llevaban a una explanada circundada por media docena de frondosos tilos, y allí se detuvo, al borde del último peldaño.

—¿Eh...? —musitó.

Una mano caliente tomó la suya, helada y temblorosa.

—Beatrice...

—¿Juan? Pero...

Él le cogió la otra mano. Ella miró confusa el sobre arrugado que agarraba con fuerza entre sus trémulos dedos.

—Beatrice, querida, tienes que volver a casa —dijo Juan en un susurro. Ella no contestó enseguida. Miraba fijamente la carta —. Beatrice...

—Tengo que ir a correos a echar esta carta.

Beatrice intentó continuar su camino, pero Juan la retuvo con suave firmeza.

—Aún no es de día. El cartero y su familia estarán durmiendo. Mira, yo conozco a Rafa, a primera hora le tocamos el timbre y estará encantado de mandar tu carta. Pero ahora no ¿vale?

La cabeza de Beatrice se movía arriba y abajo afirmando, aunque su cuerpo seguía intentando zafarse y seguir andando, si bien es cierto que sin fuerza. Juan seguía insistiendo con paciencia, hablando suavemente, tirando despacio de su mano para que lo siguiera.

Los dos estaban tiritando cuando llegaron a la casa. Carmen esperaba en el porche, se había puesto un abrigo grueso y, nada más verlos llegar, sacó dos mantas. No dijo nada, pero su mirada era interrogante y su rostro mostraba toda la ansiedad y la preocupación que debía sentir.

Juan negó con la cabeza.

—Ayúdala a cambiarse de ropa y quédate con ella hasta que se duerma —pidió a su tía.

Beatrice se dejó conducir escaleras arriba, hacia su habitación, sin oponer resistencia. Temblaba a causa del frío y unos enormes lagrimones resbalaban por sus mejillas.

Durmió tranquila hasta el mediodía y cuando despertó Juan le contó la pequeña aventura. Beatrice recordaba el episodio solo en parte, desde el momento en que había descubierto a Juan frente a ella. De lo anterior no se acordaba ni siquiera del más mínimo detalle.

—¿Qué pasó para que te fueras así, sin ropa ni ná? —quiso saber Carmen.

A Beatrice se le escapó un fuerte suspiro.

—Un sueño —dijo.

—¿Un sueño? ¡Chiquilla! Pero ¿qué sueño ni qué sueño? ¡Pa haberte muerto de una pulmonía! —soltó Carmen.

—¡Tía!

—Vale, ya me callo —Carmen se cerró la boca como si cerrase una cremallera.

—No tienes que hablar de ello si no quieres... —empezó a decir Juan.

Beatrice escondió la cara entre las manos. Al punto, cruzó los dedos como si fuese a rezar y posó las manos entrelazadas sobre el mantel de cuadros rojos. Mientras tanto, Carmen sin decir ni pío, había preparado café y lo estaba sirviendo en tres tazas cuando ella se decidió a compartir su historia.

Les habló de las primeras cartas, de las pesadillas que recordaba como en una nebulosa y del hecho de estar siempre rodeada de musulmanes en todas ellas. Les contó los sitios a los que le habían llevado las cartas y las voces que oía a veces en algunos puntos.

—¿Y lo de esta madrugada? —preguntó Juan.

—No sé por qué he salido, pero sí recuerdo un sueño —Beatrice se mojó los labios con la lengua en un gesto nervioso—. Había ruido de caballos... De cascos de caballos. Yo me veía esperando en una estancia con otras mujeres... Creo que era un harem. Luego... —se vuelve a mojar los labios— los cascos se escuchaban más cerca, mucho más, era un retumbar en un gran patio que daba acceso al palacio donde estábamos las mujeres. De pronto, todo se paraba, como un negativo que se rompe y la escena se queda quieta. Todo estático, menos yo. Yo que abría la boca y gritaba con el espanto en la cara.

Juan posó su mano sobre las de Beatrice en un gesto afectuoso.

—¿Y qué gritabas?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

Beatrice escondió otra vez la cara entre sus manos. Las convulsiones del llanto enternecieron tanto a Carmen que la abrazó con ternura.

—Tranquila... Tranquila... Ya te acordarás...

—¿Dónde está la carta? —preguntó Juan de pronto.

—En mi habitación —contestó Beatrice limpiándose las lágrimas de la

cara con las palmas —. Voy a buscarla.

Regresó al cabo de un par de minutos con la carta que pretendía echar al correo esa madrugada. Juan se la cogió, impaciente, y rasgó la solapa del sobre. Dentro únicamente había un trozo de papel. Al levantar la vista de la nota, la cara de Juan mostraba una expresión como de aturdimiento. Tenía la boca abierta y parecía alhelado. Volvió el papel hacia Beatrice.

—¿Sabes qué quiere decir? —inquirió.

Beatrice y Carmen miraron los signos: تعال وتجد لي. حفظي

—*Tueal watajid ly hifz li* —leyó Beatrice con acento árabe perfecto.

Al darse cuenta se tapó la boca con la mano, asombrada de su capacidad de comprensión de un idioma que nunca había escuchado.

—Que quiere decir... —la interpeló Juan con una mirada llena de fascinación.

—Ven a buscarme. Sálvame —tradujo Beatrice dejando resbalar su mano de los labios para hablar.

—¡Es extraordinario! —exclamó Juan —. Sales a la calle sonámbula y...

—Jamás he sido sonámbula. Si lo hubiera sido, lo sabría, ¿no crees? —lo increpó Beatrice airada.

—Es cierto —admitió Juan —, pero ¿cómo explicas entonces lo de esta madrugada?

Beatrice negó con un movimiento de cabeza.

—No puedo explicarlo.

De pronto, Juan se levantó de forma brusca tirando la silla en la que estaba sentado y se acercó de dos zancadas a la alacena que presidía el comedor. Abrió uno de los cajones, sacó una libreta y un boli y después los plantó delante de Beatrice dando un palmetazo en la mesa.

—Escríbelo aquí —ordenó.

—¿El qué?

Beatrice se había encogido y mostraba una expresión asustada. Carmen la abrazó por los hombros.

—La frase de la nota.

—Pero Juan...

—Déjame tía, sé lo que hago —dijo Juan sin apartar la vista de Beatrice, que temblaba de forma casi convulsiva —. ¡Escribe! —exigió un Juan impasible y firme.

Los dedos trémulos de Beatrice asieron el bolígrafo. La libreta se negaba a abrirse, lo que la alteró hasta el extremo, la agarró y la tiró al otro lado de la mesa con rabia.

—*Kaka zaharra!* * (¡Mierda!)—profirió.

Juan miró interrogante a su tía, que se encogió de hombros. Beatrice pasó su mirada de uno a otra.

—He dicho ¡mierda! —Beatrice no era dada a las groserías por lo que se sintió fatal —. Lo siento —se excusó.

Juan recuperó la libreta y, abriéndola, la puso frente a Beatrice de nuevo. Ésta escribió despacio, concentrada, respirando con fuerza. Poco a poco, los caracteres islámicos fueron dibujándose en el papel por la mano de Beatrice y, al retirar la libreta de sí, Juan pudo verlos claramente:

تعال وتجد لي. حظي

—Lo sabía —dijo en voz muy baja, casi inaudible.

—¡Oh Dios! —exclamó Beatrice. Y se echó a llorar a lágrima viva.

Carmen, que se había mantenido a un paso de ella, la abrazó de nuevo permitiendo que cobijara la cara en su regazo y se desahogara.

Durante largo rato solo se oyó el llanto de Beatrice. Hasta que poco a poco empezó a calmarse. Fue entonces cuando Juan dio su opinión.

—Está muy claro. Tú misma te escribes las cartas.

—¿Ah sí? ¿Tengo doble personalidad o algo así? —Beatrice estaba molesta, dolida. Pero, sobre todo, confundida, y descargó su furia contra Juan, algo impropio en ella —¡Qué memez!

—Pues tú me dirás, si no es mi memez, qué otra explicación hay —arremetió Juan, ofendido también al parecer.

—¿Me llamé Yanna en otra vida acaso? —gritó Beatrice levantándose —Voy a hacer la maleta. Me largo de aquí —dijo con la mirada baja y los dientes apretados al pasar delante de Juan para subir las escaleras hacia su habitación.

—*¡Cuchi er tío!* * (¡Caramba con el tío!) ¿A ti qué te pasa?

Oyó decir Beatrice a Carmen antes de cerrar la puerta del cuarto.

Al cabo de un rato, bajó con su maleta y el gran bolso negro que siempre llevaba.

—¿Y Juan? —preguntó al no verlo.

—Ha *salío* a un *mandaillo*. * (Dicho granadino que indica que alguien no quiere dar explicaciones.)

A Beatrice se le escapó la risa. Aquella mujer era la alegría personificada. Carmen se acercó a ella y le acarició la cara con afecto.

—Por lo menos te hago reír, niña —dijo con una amplia sonrisa—. Anda, siéntate a esperar *ar shumino* * (persona sosa) y mientras, te tomas un tentempié —añadió sacando unos bollitos de pan y una bandejita con mantequilla.

La entrada de Juan la pilló afanada en servir café de un puchero en un par de tazas. Sacó de inmediato una tercera y la llenó del líquido negro y humeante.

El joven se sentó a la mesa sin mediar palabra. Miraba de hito en hito a Beatrice, parecía que quisiera decirle algo y no terminara de atreverse.

—Te debo una disculpa —murmuró al fin.

—Pero ¡qué bien habla mi niño *bonico*!

Beatrice bajó la cabeza para que no se le notara la sonrisa que pugnaba por estirarle los labios.

—Los soldados regresaban de la guerra mugrientos de sangre y barro, encorvados, derrotados.

El jefe, al contrario, iba erguido en su montura, desafiante. Y yo lo estaba esperando a él —dijo en un susurro Beatrice.

—Ṭāriq era su nombre —añadió Juan.

Los ojos de Beatrice se abrieron asombrados.

—¿Cómo lo sabes?

Juan no contestó enseguida. Estaba extrañamente serio y su rostro mostraba una expresión misteriosa.

Las dos mujeres guardaban silencio esperando su respuesta.

—Ṭāriq ibn Ziyād —repitió, esta vez completando el nombre—. Y tú eras Yanna bint 'abd al-Rahman.

Carmen, a todas luces, se había quedado sin habla. Beatrice lo miraba embelesada y algo confusa. Su mente racional no le permitía ver lo que su corazón le gritaba a cada latido.

—Entonces... Es verdad... —murmuró con trémula voz.

—Sí. Lo es —apostilló Juan—. Creo que hemos compartido la misma vivencia, sea la que haya sido. Un sueño, un viaje espiritual, un desdoblamiento de personalidad, o yo qué sé.

—¿Tú eras entonces el oficial de esas tropas desconcertadas y

heridas?

—Sí. Hace un rato, mientras contabas tu sueño, yo revivía el mío — Juan se pasó con suavidad las yemas de los dedos sobre los párpados mientras seguía hablando quedo, como si contase una fantasía, un prodigioso relato de alquimia, un engaño de su mente. Aunque sabía que cada una de sus palabras era tan cierta como las cartas de Beatrice —. Mi sueño era también el tuyo, porque ambos eran el mismo —abrió los ojos y miró a la mujer que tenía enfrente y la mujer lo miró a él —. Esa noche en la que tú esperabas al general derrotado que regresaba con las tropas mugrientas de sangre y barro...

—Y herido de muerte —añadió Beatrice.

—Y herido de muerte, sí. Yo, Ṭāriq ibn Ziyād, vi salir corriendo de palacio a mi esposa predilecta, la oí gritar el nombre de Al-lāh pidiéndole cambiar su vida por la mía. La vi acercarse y arrodillarse a mi lado cuando caí del caballo —la respiración de Juan era muy fuerte y sus ojos permanecían clavados en los de Beatrice —. Te vi, oh amada mía, acercarte a mí con el espanto reflejado en la cara y el amor saliendo a borbotones de tu mirada. Te vi a ti, Yanna bint 'abd al-Rahman. Porque eras tú.

—Era yo. Eras tú. Nuestros ojos nos delatan —recitó Beatrice.

Carmen lloraba con una emoción sin límites. Miraba los perfiles de Juan y Beatrice viendo representados en ellos a Oriente y a Occidente. «¡Qué memez!» se dijo, repitiendo mentalmente las palabras de Beatrice hacía tan solo unas pocas horas.

Juan se levantó. Beatrice lo imitó levantándose también. Se tomaron las manos.

—Ṭāriq, mi amor —dijo la mujer.

—Yanna, por siempre mi amada —dijo el hombre.

BIO-BIBLIOGRAFÍA EDURNE MAIONA

Nacida en Bilbao, el 5 de agosto de 1959. En la actualidad reside en Bastida, emblemático pueblo de Rioja Alavesa.

A los diez años fue premiada en un concurso escolar por el cuento corto *El amigo de Bambi*. En 1987 ganó un accésit en el V certamen de Teatro Breve de Santurtzi (Bizkaia), con la obra *Don Orlando Furioso*.

Ha escrito 19 cuentos personalizados, además de haber publicado en antologías junto a relevantes autores y autoras. Su poesía ha sido editada en revistas femeninas de contenido cultural.

Desde 2017 dirige la empresa LUMA Servicios Literarios

<https://www.lumaserviciosliterarios.es/>

info@lumaserviciosliterarios.es

Obras auto publicadas:

EL CORAZÓN DE LA LEONA: Novela corta juvenil de aventura, con un toque de fantasía.

CUENTOS DE LUZ: Cuentos infantiles con ilustraciones y portada para colorear.

MIRADAS INVERSAS: Poemario para adultos.

TIERRA MÁGICA: Cuentos ambientados en distintas épocas, que tienen como



escenarios cuatro villas de Rioja Alavesa (Araba).